



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

Facultad de Educación

**MIGRANTES A LA LECTURA: UN VIAJE EN VOZ ALTA POR LOS TEXTOS
LITERARIOS EN UN RINCÓN DEL SUROESTE ANTIOQUEÑO**

Trabajo presentado para optar al título de Licenciados en Educación Básica con
énfasis en Humanidades, Lengua Castellana.

JORGE WILSON DURANGO BETANCUR

ÁNGELA MARÍA ORTIZ VÉLEZ

Asesor

JUAN DIEGO TABORDA COLORADO

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE EDUCACIÓN

DEPARTAMENTO DE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES

**LICENCIATURA EN EDUCACIÓN BÁSICA CON ÉNFASIS EN HUMANIDADES,
LENGUA CASTELLANA**

ANDES

2017



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

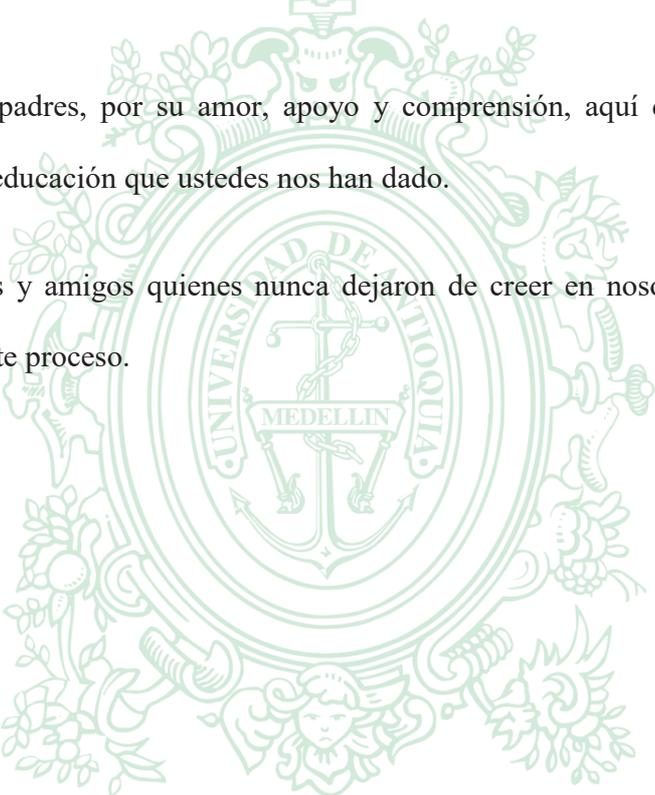
Facultad de Educación

DEDICATORIA

A mi Dios, por darnos el privilegio de realizar este trabajo. Para ti la gloria y la honra.

A nuestros padres, por su amor, apoyo y comprensión, aquí queda una pequeña muestra de la gran educación que ustedes nos han dado.

A familiares y amigos quienes nunca dejaron de creer en nosotros, de que sí era posible culminar este proceso.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3



AGRADECIMIENTOS

No disponemos del espacio suficiente para mencionar y agradecer a todos los que ayudaron a que nuestro sueño se hiciera realidad. Sin embargo, hay algunas personas e instituciones que merecen saber por escrito que estamos altamente agradecidos.

Juan Diego Taborda Colorado, el asesor de este proyecto, por su paciencia, consejos, enseñanzas y su esmerado trabajo de corrección. Para ti nuestro aprecio y admiración. Eres el mejor maestro.

A la Universidad y a cada uno de los profesores que hicieron parte de este proceso educativo, porque aquí tuvimos la oportunidad de formarnos como Licenciados en Lengua Castellana, nuestro gran sueño.

A las Instituciones Educativas, por abrirnos sus puertas para llevar a cabo este trabajo. Allí empezamos nuestra formación y aprendimos el valor de educar.

A los profesores cooperadores por dejarnos entrar a sus salones y cedernos sus espacios. Gracias por sus aportes y orientaciones. Los llevamos en nuestros corazones.

A los estudiantes, con ustedes aprendimos que ser maestro es todo un arte.



TABLA DE CONTENIDO

DEDICATORIA.....	2
AGRADECIMIENTOS.....	3
RESUMEN.....	5
JUSTIFICACIÓN.....	10
ANTECEDENTES.....	14
PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN.....	15
OBJETIVO GENERAL.....	16
OBJETIVOS ESPECÍFICOS.....	16
MÉTODO DE INVESTIGACIÓN.....	17
CONTEXTUALIZACIÓN.....	22
CAPÍTULO I. Primeros pasos.....	24
CAPÍTULO II. Una historia que contar.....	44
CAPÍTULO III. Marco Teórico.....	54
CAPÍTULO IV. Incertidumbre.....	75
CAPÍTULO V. Migrando a un nuevo espacio.....	90
CONCLUSIONES.....	101
BIBLIOGRAFÍA.....	104
CIBERGRAFÍA.....	106
ANEXOS.....	111



RESUMEN

La presente investigación da cuenta de cómo la lectura en voz alta se constituyó en una experiencia significativa para acercar a los estudiantes a la lectura y la literatura a partir de la discusión colectiva de diferentes tipos de textos. El trabajo se realizó en el grado siete uno de la Institución Educativa San José del Citará de Ciudad Bolívar, bajo el método biográfico narrativo.

Antes de los capítulos centrales se exponen las razones de nuestro trabajo. Luego aparecen los capítulos. En el uno exponemos la llegada al ámbito escolar y el contraste entre lo teórico y lo práctico. En el dos narramos la historia de una estudiante migrante y de sus luchas por acomodarse a los esquemas académicos y del contexto. En el tres presentamos el marco teórico y los referentes para apoyar el trabajo. En el cuarto hablamos de la incertidumbre que nos suscita la profesión al conocer de cerca la realidad educativa y la duda frente al futuro. En el quinto contamos las tensiones por llevar a los estudiantes a la biblioteca y los resultados de la lectura en voz alta.

Palabras clave: lectura en voz alta, migración, contexto, estudiantes, textos literarios



INTRODUCCIÓN

Estimado lector:

El presente trabajo ha sido realizado en la Institución Educativa San José del Citará del Municipio de Ciudad Bolívar, Suroeste Antioqueño, donde se investigó sobre cómo la lectura en voz alta propició un acercamiento de los estudiantes a los textos literarios. Aquí, el enfoque biográfico narrativo sirvió para contar cómo los alumnos lograron otras comprensiones con las lecturas trabajadas en clase, a partir de sus ideas, críticas e interpretaciones de los temas abordados. Igualmente expresaron sus concepciones frente a la realidad que los rodea y lo relacionado con sus vivencias. Al invitarlos a dialogar entre lo planteado por los autores y las ideas surgidas de los estudiantes, su postura hacia la lectura se revaluó, pues vieron que los textos podían ofrecer respuestas a sus preguntas, miedos y esperanzas. Esto se dio bajo una forma sencilla, común y conocida, pero poco usada en esta institución: la lectura en voz alta.

La escuela es la encargada de la formación y el aprendizaje de las personas. Para enseñar a leer y escribir se buscan formas y metodologías, pero al momento de emplearlas se deben tener en cuenta sus beneficios y desventajas; por eso se pretende una lectura atractiva, que incentive el gusto, y no sea parte de un mero ejercicio escolar obligatorio. La lectura toma más fuerza en la escuela cuando deja de ser un requisito académico y mecanizado.



El fin de este trabajo es contar cómo la lectura en voz alta ha sido una técnica para acercar a los chicos a los textos y al aprendizaje; porque los jóvenes en la institución no leen tanto por gusto si no por obligación. El agrado por la lectura se puede dar por imitación, el profesor tiene que ser amante de los libros y provocar el deseo por leer. ¿Y qué mejor elemento que la propia voz? “En la formación de lectores ninguna otra actividad es tan estimulante, tan fructífera, tan contagiosa como escuchar a un lector entusiasta que se deja llevar por el placer del texto. Leamos juntos. Leamos con quienes no leen” (Garrido, 1999, p. 42). Además, leer en voz alta nos da la oportunidad de fortalecer diversas capacidades, entre ellas, la comprensión misma del lenguaje por la complejidad que exige al lector.

En la escuela se escucha que hay apatía hacia la lectura. La propuesta de la lectura en voz alta es migrar a la formación de una práctica, que no pretende leer por leer, sino que los estudiantes tengan otros encuentros con la literatura. En este momento la tecnología atrae gran parte de la atención de los alumnos, por lo cual pareciera que habría que hacerse un rescate de la lectura. Se está viendo que “la lectura se encuentra acosada por la competencia de otras fuentes de diversión e información, en especial por los medios audiovisuales, que ejercen desde la infancia una poderosa fascinación” (Marina y De la Válgoma, 2005, p. 42). Así, fomentarla, resulta ser un reto grande por la competencia tecnológica que se encuentra en el medio.

Algo es claro: la idea de la lectura en voz alta intenta atraer a los estudiantes, para que se acerquen a los textos como un espacio para llenar sus vidas de sentido. Al principio



de la investigación encontramos que a buena parte de los estudiantes leer no les llamaba mucho su atención y se les hacía difícil comprender lo que leían. A partir de allí, se tuvieron en cuenta los posibles gustos literarios y, de esta manera, se procuraron otros intereses de los chicos por la lectura.

Por otra parte, se busca dar a conocer una aproximación al tema de la migración estudiantil tan frecuente en nuestro contexto, problemática a la que no se le ha prestado suficiente atención en el ámbito escolar del Suroeste Antioqueño y que es motivo de tensiones entre estudiantes y profesores. Dicho sea de paso, muchos alumnos que afrontan la migración presentan frustración y desesperanza en el colegio, porque los hacen ser extraños en una tierra que no es ni la prometida ni la deseada.

Por lo tanto, en esta investigación biográfico narrativa se encuentran diversas situaciones que muestran los efectos positivos y negativos de la migración. Como es sabido en ocasiones ser el extranjero es ser el diferente y hace que sea tratado de forma desigual. Por cierto, es tal la tristeza que causa abandonar el país de origen por razones ajenas a la voluntad propia que “a veces se te olvida cómo sonreír” (Canción para el inmigrante, Juan Pablo Chávez). Lo que preocupa a un migrante es la manera de sobrevivir en un medio desconocido de costumbres y tradiciones distintas al cuál no está acostumbrado.

Se dice, acerca de la migración, que tiene causas políticas, económicas y sociales de un país y que puede traer consigo la búsqueda de un bienestar, de una nueva vida. Con base en lo anterior, la idea de esta tesis surge por la migración que vive una niña venezolana la



cual debe viajar a Colombia y dejar atrás a toda su familia y amigos. Llega a enfrentarse a un medio donde debe empezar de nuevo. Es precisamente, la niña venezolana, no solo una migrante a Colombia, sino con sus nuevos compañeros de clase, una migrante más a la lectura. Es ella, Rosa, en este trabajo, una metáfora, una excusa para hablar, también, de los migrantes a la lectura. Aclaremos que el nombre de la joven ha sido cambiado para proteger su identidad.

En su ambiente estudiantil la lectura era una metodología más. Pero ahora es diferente porque es afrontar la lectura en voz alta como práctica, donde se le pide abrirse a otros mundos desde su experiencia, imaginación, creatividad y que le sirva como medio de reflexión e información.

Se puso todo el empeño para realizar una investigación donde se logrará implicar a los chicos en la lectura de los textos literarios. También se tuvieron en cuenta varios autores en los cuales se hallaron datos relevantes, además de algunas referencias musicales que sirvieron como base para la exploración y soporte teórico. Con mi compañera de lucha, que fue mi apoyo, sobrevivimos a una serie de quiebres y sobrepasos donde concertamos experiencias, vivencias e indagaciones.

Esperamos que esta experiencia sirva como medio de reflexión para nuevos abordajes en el ámbito educativo, a pesar de que hablamos de un tema específico no quiere decir que todo está dicho ni planteado, y que puede estar sujeto a revisión y cuestionamiento.



JUSTIFICACIÓN

La escuela presenta una problemática a nivel académico: los chicos son reacios a leer lo que los profesores exigen. Esto sucede dentro del grupo donde se llevó a cabo la investigación. La lectura se encamina más que todo a preparar a los estudiantes para pruebas estatales y enseñar a leer, pero no a querer leer. Lo que deja de lado una formación literaria que se convierta en una práctica significativa para los alumnos y les ayude a ampliar la visión del mundo. Con el ánimo de que la lectura adquiriera mayor sentido para los chicos, nos parece pertinente generar una apuesta al asumirla como un elemento que ayuda a construir significados mediante la lectura en voz alta.

Por eso en esta investigación nace la idea de cómo involucrar a los alumnos en la lectura de textos literarios de modo que sea algo ameno y motivador. Ciertamente es que los chicos leen a diario textos de todo tipo a través de las redes sociales, pero los libros escolares los dejan de lado o los leen por obligación.

Se pretende que, a partir de la lectura en voz alta, los jóvenes se acerquen a otros textos como cuentos, poesías, novelas, entre otros, que ofrezcan otras perspectivas y adquieran nuevos conocimientos para que puedan llegar con una idea diferente a los libros que el colegio propone. Como dice Lerner (2003) “formar lectores que sabrán elegir el material escrito adecuado para buscar la solución de problemas que deben enfrentar y no solo alumnos capaces de oralizar un texto seleccionado por otro” (p.40).



Por tanto, es necesario un proceso que ayude a los chicos a pasar de la lectura impuesta a una búsqueda personal, íntima con los libros; lo que influye en todos los ámbitos de la sociedad educativa; por lo cual hay que emprender acciones que permitan enfrentar los problemas que trae, según algunos, la poca motivación a la lectura e implementar prácticas lectoras orientadas a la equidad educativa.

Por otro lado, desde hace varios años se viene presentando un fuerte movimiento migratorio estudiantil en Ciudad Bolívar, al que no se le presta la debida atención. La incidencia del alto flujo de migrantes se convierte en un tema de interés para la escuela porque implica reorganizar una serie de métodos que hasta ahora no se tienen en cuenta. Según Arango (2003) “las migraciones son el resultado de decisiones individuales, tomadas por actores racionales que buscan aumentar su bienestar al trasladarse a lugares donde, la recompensa por su trabajo, es mayor que la que obtienen en su país” (p.3). En el contexto nos encontramos diariamente con esta realidad de algunas familias que están en un constante ir y venir. Por lo pronto, la escuela se ve en la necesidad de hacer ajustes que tengan en cuenta dicha población para continuar con un proceso de aprendizaje incluyente adaptado a las necesidades de los estudiantes migrantes y no migrantes.

El Suroeste Antioqueño presenta un alto movimiento migratorio. Esta tierra fue abierta por personas venidas de otras regiones en busca de riqueza y nueva vida. Muchas de nuestras familias en cabeza de nuestros abuelos llegaron de diferentes lugares a poblar dicha zona. En el caso de C. Bolívar la cosecha de café, el límite con el departamento del Chocó y el movimiento comercial del municipio hacen que la gente migre. Y eso se



evidencia en las aulas donde de forma permanente entran y salen estudiantes. Aclaramos que el concepto de migración lo tomamos como incentivo para que los estudiantes se acerquen a la lectura, también como metáfora para hablar sobre la protagonista de esta historia y problemática dentro del aula. Mas no como investigación de la migración porque nuestro propósito es dar cuenta de la lectura en voz alta y su incidencia en el grupo analizado.

Ahora bien, de acuerdo a lo anterior, esta investigación presenta una historia de vida relacionada con la migración estudiantil, que supone un cambio espacial que implica la adaptación a un nuevo contexto educativo. Precisamente, la migración es uno de los elementos que dificulta a los estudiantes un acercamiento a la lectura. El cambio de contexto educativo implica que muchos de ellos no concluyan sus estudios, lo que afecta dicho proceso. Sin embargo, en este trabajo, la migración ha sido el punto de partida para relacionar a los alumnos con la literatura. Así como estos se mudan de una región a otra, la lectura se constituye en otra forma de migración, esta vez, en habitar los textos y la construcción de nuevos significados.

Como maestros de Lengua Castellana reconocemos que la historia de vida tiene peso en lo académico porque “emerge como una potente herramienta, especialmente pertinente para entrar en el mundo de la identidad, de los significados y del saber práctico” (Bolívar y Domingo, 2006, p.3). Somos el resultado de un proceso histórico configurados por valores y costumbres que nos construyen como sujetos dados por el contexto y por la



herencia familiar. Y eso se refleja en la escuela. Esta funciona como una microsociedad donde cada estudiante presenta diferentes modos de actuar que no se pueden obviar. Por eso el maestro necesita comprender la realidad para tomar acciones desde su quehacer pedagógico ante la diversidad que allí se presenta. La escuela es un espacio para aprender y desaprender de acuerdo con la tradición y cultura en que se vive. Todos tenemos distintas formas de concebir el mundo y estamos mediados por muchos discursos. La interacción en el aula debe renovar y deshacer conceptos para comprender y respetar al otro y aquí la lectura se erige en una ayuda para lograrlo.

En la institución la lectura se emplea para responder a normas lingüísticas y en preparar a los estudiantes para las pruebas Saber, debido a la necesidad de subir el nivel en este aspecto ya que los últimos resultados no son los mejores. Pero esto deja de lado la formación de lectores por ser una técnica poco significativa. Por tal motivo a los chicos no les agrada leer.



ANTECEDENTES

Son varias las investigaciones realizadas sobre lectura en voz alta. Los antecedentes dan cuenta que dicha temática ha sido abordada desde hace tiempo. Por lo general se toma como estrategia didáctica para acercar a los estudiantes a la literatura y de esta manera, provocar el deseo por leer. El rastreo se hizo en el Centro de Documentación Ceded, donde aparecen investigaciones y los estudios hechos sobre el problema en mención.

Los trabajos que citamos a continuación dan muestra de ello. Por ejemplo, Fonnegra (2013) dice que “la lectura en voz alta es una sencilla estrategia con la cual se puede fomentar de manera muy significativa en interés por los textos, en especial los literarios”. (p. 83). Del mismo modo, Ospina (2004) indica que “la lectura frecuente en voz alta por parte del profesor primero, seleccionada apropiadamente y comentada en conjunto con los estudiantes rastreando nuevos sentidos en los textos, procurará un ambiente propicio para lograr esa pasión” (p. 35). Como se ve, ambos plantean lo dicho anteriormente. Además, esto indica que la lectura en voz alta es un asunto que se ha pensado y se viene dando como una forma de estimular el querer leer de los que escuchan. En nuestro caso, los estudiantes.

Así mismo, dentro de este trabajo se retoman autores con amplia experiencia en este aspecto como el caso de Jim Trelease, Patricia Calonge, entre otros, que promueven la lectura en voz alta como un medio poderoso para cultivar la escucha y crear vínculos de aprendizaje colectivo.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación

PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

¿De qué manera la lectura en voz alta contribuye a la formación de la práctica lectora de los estudiantes del grado siete uno de la I.E. San José del Citará, de Ciudad Bolívar?



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3



OBJETIVO GENERAL

Indagar sobre la práctica lectora y la migración de los estudiantes del grado siete uno de la I.E. San José del Citará a través de la lectura en voz alta y la investigación narrativa para acercarlos a los textos literarios.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Analizar la influencia de la lectura en voz alta para la formación de lectores autónomos en la práctica lectora
- Emplear la lectura en voz alta para la interacción compartida entre los estudiantes como vía de acercamiento a la literatura y el enfoque narrativo para la comprensión de la problemática migratoria en el aula.
- Implementar la lectura en voz alta como práctica que permita el contacto con diferentes tipos de textos y bajo la narrativa se propicie el diálogo de saberes dentro del aula.



MÉTODO DE INVESTIGACIÓN

Desde tiempos inmemoriales narrar ha sido la forma de transmitir las más fascinantes historias con las que el hombre ha dado a conocer sus proezas, derrotas, alegrías y frustraciones, que su trasegar por el mundo le ha dejado vivir. “Narrar es, para decirlo en palabras sencillas, contar cosas, contar lo que pasa” (Ávila, 2015, p.123). Por eso la narración es un elemento primario para deleitar los oídos de grandes y chicos. ¿Quién no ha gozado con una historia contada o leída? Cuando los maestros o padres nos leen o cuentan una historia en voz alta, se convierte un momento solemne para nuestra imaginación. Al seguir el ritmo de la lectura la mente recrea imágenes y uno, como oyente, tiende a entrar a ser un personaje más de la narración, así no sea un partícipe directo.

A los seres humanos nos gusta contar y escuchar historias, recorrer lugares, rostros, formas de pensamiento y otros que rondan al ser. La narrativa va más allá de escuchar y contar porque además de recrear la imaginación, al alejarse de los datos o juicios, quien escucha el relato podrá recordarlo con facilidad. Bolívar y Domingo (2006) indican que “la narrativa expresa la dimensión emotiva de la experiencia, la complejidad, relaciones y singularidad de cada acción; frente a las deficiencias de un modo atomista y formalista de descomponer las acciones en un conjunto de variables discretas” (p.4). Por esto elegimos el método biográfico narrativo, que por ser cualitativo permite hablar con detalle de sucesos que de otro modo sería difícil dar a conocer, también porque permite incorporar experiencias vividas en un entorno real. Las técnicas empleadas para la recolección de



datos fueron la entrevista semiestructurada, la observación participante y conversatorios dentro del salón. Vale decir que estos últimos fueron los que más proporcionaron datos a la investigación. También intercalamos algunas citas de autores como Benedetti y otros escritores, que por su temática se relacionan con la historia relatada y la enriquecen al darle un toque más literario y narrativo al trabajo.

La investigación se asume en un contexto educativo: lugar de historia y donde transitan historias: La del profesor, directivos y estudiantes. Todos tienen algo para contar. El enfoque biográfico narrativo permite conocer la vida de un protagonista “y dar la palabra a personas marginadas o excluidas por razón del género, clase o raza, que no tienen historia escrita o documental” (Bolívar, Domingo y Fernández, 2001, p. 231). Así, pues, la narrativa facilita el vínculo entre lo real y lo ficticio a partir de la magia de la palabra.

Aquí se ponen en diálogo la investigación con las vivencias, la observación con la experiencia al rastrear y describir las relaciones sociales en un contexto determinado. Se implican personas de carne y hueso con intereses, esperanzas y aspiraciones. No interesan tanto las estadísticas, cifras o valores, sino que prima el interés por lo humano, eso hace distinción de una investigación cuantitativa. Cada día el ser humano teje y configura su historia con aciertos y avatares que trae el diario vivir. Eso es lo que moldea la subjetividad, crea un nuevo capítulo y agrega nuevos recuerdos porque “la vida no es la que uno vivió, sino lo que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla” (García Márquez, 2002, p.2).

La investigación biográfico narrativa ha sido la más apropiada para exponer en este trabajo las vivencias de una migrante venezolana que trata de adaptarse a un escenario



distinto al de su cultura y costumbres en un colegio. A través de esa historia también se muestra una realidad educativa particular porque “la subjetividad es, también, una condición necesaria del conocimiento social” (Bolívar y Domingo, 2006, p. 3). De esta manera, presentamos lo visto y sentido sobre las comprensiones, alegrías y frustraciones de una estudiante, y las tensiones y luchas que se viven en el colegio donde se llevó a cabo la investigación que ahora presentamos.

Así mismo, se establece la relación entre la narración y la lectura en voz alta. Leer es contar y a su vez es escuchar lo narrado. Cuando nos paramos frente al grupo con un texto escrito en las manos les estamos contando algo, así todo sea ficticio. A los estudiantes los motiva este método de lectura. Al transformar en narración las palabras grabadas en el papel, se nota en los rostros el asombro, el pesar o la risa que provoca las peripecias de los protagonistas en un relato.

En las lecturas hay personajes que se alejan de sus hogares, sus amigos o su tierra para insertarse en variadas aventuras. Unas difíciles y otras divertidas. Como suele sucederle a los estudiantes migrantes y no migrantes del salón. La lectura les ayuda a comprender un poco que el ser humano es un ser de cambios, de viajes y de la búsqueda permanente en darle un mejor sentido a su vida.

Los migrantes tienen otras historias para contar: hablan de lugares, de costumbres y de momentos que han influido en sus experiencias educativas. Son narraciones que muestran realidades impensadas y desconocidas para muchos de los que estamos en el salón. Es significativo ver cómo los alumnos estables del grupo hacen preguntas sobre esos



lugares, su gente y cultura y se da inicio a una interacción intercultural y empleo de la palabra como vía de entendimiento y comunicación.

En ese juego de historias se amplía la perspectiva entre migrantes y no migrantes porque “desde el enfoque cualitativo, la realidad social es el resultado de un proceso interactivo en el que participan los miembros de un grupo para negociar y renegociar la construcción de esa realidad” (Galeano, 2011, p. 18). Se empieza a conocer que cada persona viene atravesada por prácticas diferentes y ajenas a las nuestras y, dicho sea de paso, muestra su cosmovisión del mundo.

Por tanto, lo anterior, me recuerda que en el colegio estamos de paso intentando configurar un lugar y un estilo. Somos unos migrantes más del grupo. Nos sentimos ajenos porque nuestras posturas, visiones y perspectivas se contraponen a la de los estudiantes. El aula es de todos y de nadie y sabemos que estamos en construcción permanente. Ese es nuestro devenir. Por eso al fin de cada jornada pedagógica salimos con algo nuevo para contar y esto ayuda a construir la propia historia. Unas son significativas, otras tristes o frustrantes, con las cuales se prepara nuestro oficio de maestro. De todo eso se compone nuestra formación pedagógica y personal.

Cabe señalar que desde niños nos encanta la narración. Recordar a los padres en noches de luna llena contar historias que hacían volar la imaginación y de los profesores de primaria al comenzar cada jornada de estudio, llena el corazón. Contar es algo que hacemos a diario “en cualquier conversación lo habitual es narrar cosas, qué pasó en vacaciones, qué



pasó en el trabajo, qué pasó ayer, qué ha pasado hoy” (Ávila, 2015, p. 123). En definitiva, casi siempre estamos narrando algún hecho.

No fue fácil escoger el método biográfico narrativo. Sin embargo, ha hecho posible dar a conocer con detalles una experiencia en el campo educativo porque “la investigación cualitativa rescata la importancia de la subjetividad, la asume, y es ella el garante y el vehículo a través del cual se logra el conocimiento de la realidad humana” (Galeano, 2011, p.18). Igualmente, nos permitió comprender las luchas existentes en el contexto educativo y lo que pasa con los estudiantes, profesores y experiencias propias, en un rincón del Suroeste Antioqueño.

Para concluir, este enfoque también ha permitido investigarnos. Al rebuscar en los rincones de nuestra mente advertimos que somos un conjunto de historias hechas que se encadenan a una que escribimos a cada momento, que vamos registrando en los canales de la memoria.



CONTEXTUALIZACIÓN

La institución Educativa San José del Citará es uno de los colegios más grandes del municipio de C. Bolívar. Atiende una población socioeconómica que se ubica entre los estratos uno y tres respectivamente. Los estudiantes del grado séptimo uno, en su mayoría, no tienen textos de lectura propios del área y son pocos los que tienen referentes lectores como el caso de sus familias que ayuden al estímulo de la lectura. El plan de área de lenguaje establece diez minutos diarios de lectura individual y colectiva. Sin embargo, las diferentes dinámicas que se dan en el grupo y el afán por cumplir con los temas hacen que se destine un espacio reducido para este fin. La lectura en voz alta no se emplea con regularidad para incentivar el deseo de leer. Así que son pocos los que leen por propia iniciativa dentro del aula y fuera de ella. De hecho, se encuentran casos del grupo en mención de estudiantes que leen a ritmo lento y se desmotivan al enfrentar una lectura que tenga varios párrafos.

Así mismo, puede notarse que muchos tienen dificultades para inferir el significado global del texto y deducir el significado de las palabras según el contexto. Por tanto, esto influye en la comprensión lectora. Cabe señalar que el salón cuenta con un televisor lo cual permite proyectar imágenes, videos y filminas que permiten ampliar el manejo de los temas.

Ahora bien, aunque este trabajo ha sido realizado por dos personas, dejamos claro que al dar inicio a la narración de los capítulos que vienen a continuación, estos serán



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación

relatados en primera persona para facilitar la redacción de quien lo escribe y la comprensión de los lectores.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3



CAPÍTULO I. Primeros pasos.

El reloj anuncia que es hora de migrar. Salgo de la vereda hacia el pueblo en medio de la inquietud y un volcán de emociones arrojadas en mi corazón. La mañana está fresca. Durante el recorrido las ardillas se asoman entre las ramas para coquetear con las aves, mientras los árboles parecen sonreír al pasar junto a ellos, al momento en que el sol colorea de naranja el horizonte.

Camino despacio cuidando de no manchar la ropa, pues la ocasión es propicia para lucir impecable y dar una buena apariencia al inicio de mi experiencia pedagógica como profesor en formación. Sin duda, estar dentro del aula, pienso, será un encuentro significativo. En tanto, mientras avanzo hacia la Institución Educativa San José del Citará, hago un repaso de mi presentación al grupo y de las actividades programadas para la clase.

Me acerco a la puerta de la institución y siento el bullicio estrepitoso de cientos de estudiantes que caminan filados como hormigas para ingresar al Centro Educativo. Con discreción me abro paso entre la multitud y muchos me contemplan con mirada inquisitiva. Tal vez examinan mi vestuario que difiere de su uniforme, aunque en realidad me siento vestido de susto y ansiedad. Ellos no lo notan, pero esto lo evidencio en el mariposeo de mi estómago, que más bien parecen ser murciélagos.

Llego hasta la puerta donde hallo parado a un hombre de aspecto adusto y barbas negligentes. Es uno de los coordinadores que inspecciona, cual vigilante, el ingreso de los estudiantes. Lo saludo con cortesía y a través de sus lentes oscuros vislumbro que su mirada



me recorre de pies a cabeza. Él me contesta tratando de dibujar una sonrisa que se opone a salir de su boca. Continúo mi ruta por uno de los pasillos de la institución. Entre más cerca estoy de mi destino un leve temblor se apodera de mis piernas y el corazón acelera su ritmo dando la impresión de querer salir por la boca.

Entonces trato de calmarme al reflexionar que emprender algo nuevo siempre trae temores y más con el oficio de ser maestro porque enseñar no es asunto fácil. En mi cabeza retumba la idea de que “tienes que inventarte un espacio en el aula. Tienes que encontrarte a ti mismo. Tienes que desarrollar tu propio estilo, tus propias técnicas” (McCourt, 2005, p.132). Al pensar en esto un ataque de amnesia llega a mi mente y el elocuente discurso que he preparado a la hora de estar frente al grupo se esfuma por completo. Por lo que pruebo suerte con una charla espontánea y, sin embargo, sueño con tener un encuentro favorable. Esa es mi ilusión.

Me dirijo al aula nueve en el segundo piso. Encuentro docentes que me saludan sonrientes otros, en cambio, no lo hacen, van apurados e indiferentes. En sus manos llevan libros, carpetas plásticas o de cartón y caminan en zigzag entre los estudiantes que van por el pasillo. Siento pasar desapercibido delante de ellos, quizás no tienen en cuenta que posiblemente seré un próximo colega. En mi cabeza surgen algunas ideas frente al contexto escolar y las diversas dinámicas que aquí se viven en ese encuentro diario con la comunidad educativa que genera relaciones complejas, otras significativas. Aunque las voy a conocer de cerca percibo la responsabilidad que tiene a su cargo un docente y que ahora



enfrento; más sabiendo que mi intención es hacer las cosas lo mejor posible por ser un profesor desconocido que desea hacerse conocer.

En medio de ese divagar de pensamientos me tropiezo con ese mundo extraño, pero real, llamado salón. Con el bullicio de los alumnos, vuelvo en mí y me doy cuenta que he llegado a ese lugar que tanta inquietud me hace sentir. Me paro frente a la puerta, respiro hondo y saludo a la maestra, que con una amplia sonrisa hace un paréntesis en su clase y sale a darme una calurosa bienvenida. Apreto su mano cálida que difiere con la mía, trémula y fría. Por lo pronto, escucho de los estudiantes comentarios como:

— ¿Quién es ese? —Pregunta Luisa.

— ¿Vendrá a hacernos una invitación? —Replica Ana.

—Debe ser el novio de la profe —concluye Miguel.

Entramos al salón y la profesora me presenta ante el grupo como estudiante de la Universidad de Antioquia: “Se está preparando para ser profesor y viene a realizar la práctica aquí, con nosotros en el área de Lengua Castellana”, indica. En medio del comentario observo cada fila de estudiantes y noto que los jóvenes tienen edades que oscilan entre los doce y dieciséis años: cada uno tiene a la mano una fotocopia con un texto y respuestas de selección múltiple.

En este momento —señala la profesora—, vamos a desarrollar un taller de comprensión de lectura porque ellos están muy mal en esa parte y tenemos que trabajar bastante en ese aspecto. Y agrega: —Son perezosos para leer, lo que más les gusta es no



hacer nada, pero lo que tienen es que no son groseros; — ¿cierto Carmen? Lo confirma con una de las alumnas. —Ay sí profe, —comenta la chica— que pereza leer y estar haciendo diario lo mismo.— ¿Si la escucha? ¿Ve que no es mentira? —. Declara la profesora y luego añade. —Muchachos, a partir de hoy las clases de Lengua Castellana las tienen con el practicante, así que suspendan el taller para que pasen a realizar las tareas que él les ha traído.

Terminada la exposición de la cooperadora procedo a saludarlos. Son pocos los que se animan a contestar ¿por qué esta actitud? Me pregunto. En ese instante no encuentro la respuesta; solo con el avance del tiempo comprendo que el hecho de ser presentado el primer día como practicante y, no como profesor, tiene un peso en mi contra, por ende, no alcanzo a infundir ni a representar para los estudiantes la misma autoridad y el poder ejercido por la titular. Como es difícil hallar una segunda oportunidad para dar una buena impresión, ya que las cosas tienen peso según como se nombran desde el principio, el reto es demostrar mi capacidad para orientar los temas, el área y, por supuesto, probarle al grupo que ya soy un profesor.

Los alumnos me miran con insistencia como se mira a alguien a quien se conoce desde hace tiempo. Me sonríen con prudencia y pronto inauguro el acercamiento hilando un discurso con el ánimo de mostrar que soy competente para guiar un trabajo educativo. Y logro descubrir en sus ojos una llama vivaz llena de expectativas en lo que será nuestra interacción pedagógica.



Para entrar en confianza inicio con una dinámica. La intención es motivar la clase y estrechar lazos de amistad con el grupo. ¡Qué horror!, es un total fracaso. Los chicos producen una sinfonía de gritos, risas; derriban sillas y el desorden es a tal extremo que repercute en el salón contiguo. Hasta un profesor llega al aula pensando que los estudiantes están solos. Parecen pájaros recién salidos de sus jaulas. Me da la impresión de que piensan que he venido a jugar con ellos; a distraerlos de su rutina habitual.

¡Silencio...! Es la primera frase inútil de “autoridad” que profiero en la clase. La repito varias veces y nadie escucha. Aun así, continúo dando voces y levantando mis manos en señal de calma y ellos siguen actuando como si no estuviera allí; me ignoran por completo. Mi voz se pierde en la algarabía. Me siento desconcertado pues vengo con otro imaginario, un concepto distinto. Pero me encuentro “total: un babel chiquito” (Carrasquilla, 1964, p. 96).

La profesora se sorprende por la actuación de los estudiantes y decide intervenir. Con fuerte grito vocífera: — ¡Oigan, qué es este desorden! ¡A sus puestos! El ruido se va apagando. Algunos muestran descontento y murmuran entre dientes —que pereza, tan cansona... Cuando se encuentran sentados la maestra comenta:

— ¡No sean maleducados! ¿Que irá a pensar él de ustedes?

—Espero no volverlos a ver con ese desorden—dice con reproche—. Porque ya saben lo que les pasa conmigo. Por eso es que a mí no me gusta traerles jueguitos. — Y agrega: —A



ustedes hay que tenerlos ocupados, les voy a hacer una rebaja en la nota. ¿;Entendieron!? Y el jolgorio cambia por un silencio apacible.

Dirigiéndose a mí dice: —Usted tiene que hablarles duro—. Y prosigue—. Si le toca saque del salón a todo el que no le deje dar clase que yo le doy permiso. Luego remata con una frase contundente: — Con ellos las cosas tienen que ser así. Hay que hablarles fuerte y hasta sacarlos de clase para que dejen de joder.

En ese momento todos los alumnos me dirigen sus miradas esperando mi reacción frente a lo dicho por la profesora. Tal vez esperan que señale quién debe abandonar el salón. Tomo el trance con moderación y les digo:

—Paremos aquí, calmémonos y pasemos a otra actividad.

Noto distensión en el grupo al ver que no tomo represalias en contra de nadie. Siendo arriesgado cometo un error al intentar hacer “respetar” mi presencia y la clase, pues tengo la venia de la profesora. Esto, con plena seguridad, puede generar molestia y antipatía de ellos hacia mí.

Aquí vengo con el propósito de hacer amigos, enseñar y prepararme para ser un profesor competente. Sin embargo, me siento mal con la cooperadora por el suceso, pero “soy un profesor nuevo y estoy aprendiendo el oficio” (McCourt, 2005, p.24).

Dejo a un lado la actividad para seguir con la clase y los jóvenes permanecen callados; sus caras son una acuarela de enojo y desánimo. Aprovecho la pausa para calmar el tenso ambiente y les hablo: “Muchachos para que todo funcione, lo mejor posible,



debemos tener una buena actitud y disciplina frente al trabajo que les presente; cada cosa en su lugar, en el momento de estudiar se estudia, al momento de conversar se conversa y al momento de jugar lo podemos hacer sin necesidad de recurrir al grito o al desorden desmedido”. No obstante, recuerdo que el juego suscita entusiasmo y frenesí en nuestros ánimos.

De pronto uno de los jóvenes dice: “Que pereza, estar aquí es muy maluco”. En ese instante la cooperadora deja de lado la revisión de tareas, se levanta del escritorio y arqueando sus cejas en prueba de enojo clava su mirada en el chico y señalándolo con su dedo índice le dice:

—Váyase si es que no le gusta; si no le parece bien así, mejor no venga.

—Y a todo el que no le guste estar aquí, ¡se puede ir!

El joven la mira con atención, luego agacha su cabeza sin refutar.

El resto también se quedan en silencio a excepción de Ana que protesta:

—Profe, ¡tampoco nos eche de esa manera!

—Me da mucha pena, pero a ustedes hay que tratarlos así—, manifiesta la profesora.

—Como a las buenas no se puede tener que ser a las malas.

El dar inicio a la clase con un juego ha desatado varias incidencias: una enérgica alharaca de los estudiantes, la molestia de la profesora por la indisciplina, un estudiante regañado y echado de la clase y una advertencia general a retirarse si el comportamiento no



es adecuado. Hasta ahora, pienso, no ha ocurrido nada extraordinario, las actividades planeadas están saliendo diferentes a como las he preparado. Pese a las intermitencias debo continuar y asumo que “la única seguridad que le queda al profesor es la inseguridad en la que se mueve” (Álvarez, 2005, p.81).

Intento omitir lo sucedido, pero me quedo pensando en el asunto. Con los días comprendo que para los estudiantes de ese grupo de bachillerato son extrañas las actividades lúdicas dentro del salón. En el colegio los docentes son reacios a hacerlo, salvo si hay un día de recreación o una actividad específica que involucre la distracción de las tareas académicas. De lo contrario no se tiene en cuenta. La cooperadora dice que “el juego es para los niños de preescolar o los primeros grados de primaria. Los de bachillerato ya están grandes, son más cansones y bullosos; hay que mantenerlos ocupados”. Entonces comprendo por qué la dinámica produjo tamaña reacción en los estudiantes.

Reanudo el encuentro. Solicito hacer una mesa redonda y los chicos se disponen a hacerlo. Inicio el ejercicio con la presentación de cada uno, incluyendo sus aficiones, el sitio de residencia y si les gusta leer y escribir. Me llama la atención conocer que de los treinta y ocho estudiantes varios no son oriundos del municipio, sino que proceden de otras regiones del departamento y del país. Asimismo, me doy cuenta que la lectura llama la atención de unos cuantos, para el resto ocupa los últimos lugares de preferencia. La televisión, los videojuegos, Facebook y el WhatsApp son los favoritos y “sin que podamos evitarlo los más media y las tecnologías de la información y las comunicaciones compiten con las estructuras educativas clásicas y a menudo interfieren en su ámbito de acción”



(Badenas y Posse, 2013, pp.193-194). Solo bastó un par de días para conocer el conflicto entre estudiantes y docente por el uso del celular y el despiste en clase.

Ya va a terminar la presentación cuando le corresponde el turno a la última chica de la fila. Es una joven de unos catorce años que no lleva puesto el uniforme. Me mira fijamente y se nota nerviosa, lo sé por la constante frotación de los dedos de sus manos. —Es tu turno—, le digo. Ella hace un intento por sonreír, levanta un poco la espalda del espaldar de la silla y mirando hacia el piso dice con voz baja:

—Me llamo Rosa

Calla por algunos segundos y viendo que no prosigue le pregunto:

— ¿Dónde vives?

—No me acuerdo.

— ¡Jajaja! — Ríe el resto del grupo.

— ¿Cómo que no te acuerdas? Indago asombrado, y farfulla de nuevo: “No sé”. Tengo la sensación que me está tomando del pelo; sin embargo, su acento y su piel canela me lleva a creer que es costeña. No insisto en interrogarla más porque percibo su vergüenza al ver la hilaridad que produce en el grupo su inesperada respuesta. En la reacción agacha el rostro contra la silla y cubre su cabeza con un saco color azul mostrando no querer hablar por lo incómoda que se siente.



—Gracias Rosa —le digo—, ya tendremos oportunidad de hablar con menos presión y conocer un poco más de ti.

Con los datos básicos del grupo sigo el avance de la clase en medio de insistentes llamados de atención para que los chicos se concentren y hagan silencio. Risas, bullicio, quejas, es el panorama del momento. Cuando hablo sin que me escuchen siento hacer el ridículo y a estas alturas del encuentro el susto que traía al inicio ha cambiado por el desánimo, la impotencia y el coraje. Aunque hago esfuerzos para no mostrarlos. Recuerdo que en la universidad los profesores hablan “sobre teorías y filosofías de la educación, sobre imperativos morales y éticos, sobre la necesidad de tratar con el niño como un todo [...] pero nunca sobre momentos críticos dentro del aula” (McCourt, 2005, p. 27). La teoría sirve para orientarme más la práctica permite ajustarme a la realidad y entre lo que se dice y encuentro en el aula hay una notable diferencia.

—Muchachos, vamos a leer un cuento.

— ¿Leer? Que pereza—, dicen.

— ¿Es para a hacer un taller? — Pregunta Julián.

—No, les voy a leer un cuento y a medida que avancemos en su lectura lo vamos comentando.

Pido que me presten atención y lo digo pensando en “que el hombre que lee a viva voz se expone absolutamente a los ojos que lo escuchan” (Pennac, 2001, p.155). ¿Han leído a Horacio Quiroga? Unos cuantos dicen sí; la mayoría, no. Primero doy a conocer la



biografía del escritor y los chicos se van concentrando en la historia, además hacen preguntas sobre títulos de sus libros y temas que aborda. Después paso a leer “*El almohadón de plumas*”, lo hago despacio y tratando de dar la mayor claridad posible a las palabras. Pronto advierto silencio y cuando alguien interrumpe el resto lo reprende. Veo caras de asombro e impresión. Al terminar pregunto:

— ¿Cómo les pareció el cuento?

—Muy bueno.

— ¿Lo conocían?

—No, es primer vez que lo escuchamos.

Se da paso al conversatorio. Son pocos los estudiantes que participan, pero suficientes para que se aclaren dudas, surjan hipótesis y haya comentarios: el tema se amplía. El resto mira expectante. Luego dicen haber comprendido el texto y piden que la próxima lectura se haga en voz alta y se explique para entenderla mejor. “La literatura se enseña cuando se la lee, cuando se discuten opiniones y pareceres sobre los sentidos de la obra, cuando se abren espacios de reflexión a partir de ella, cuando se entretengan diferentes miradas sobre los textos” (Prácticas de lectura en el aula, 2014, p.31). El encuentro concluye.

La profesora se acerca para decirme que pese al desorden hecho a los muchachos les ha gustado la lectura; por lo menos se quedaron en silencio. “Parece que les agrada que les lean; yo lo hago muy poco, aunque conmigo no participan tanto”, dice. Le pregunto el



porqué y su argumento muestra que se ha dedicado más a la práctica de la lectura en silencio porque así, piensa ella, van aprendiendo a comprender mejor lo que leen.

Los estudiantes inician la retirada del salón. Llama mi atención la actitud de la niña que no alcanzó a presentarse, sale cabizbaja y es una de las últimas en cruzar la puerta. Entonces Interrogo a la profesora: ¿Qué pasa con esa niña que dice no saber dónde vive? Me cuenta que hace poco llegó de la República de Venezuela y apenas está intentando establecer relaciones con el grupo y adaptarse al contexto, por eso su evidente mutismo. Aún no conoce bien el nombre del barrio porque todo le parece extraño, confuso y ajeno. Por el momento esa es la información.

Con todas las vicisitudes en mente, y la observación de la titular a mantener el orden a partir de la autoridad, doy fin al encuentro sabiendo que “nadie puede afirmar, hoy, no tener problemas con la disciplina” (Meirieu, 2007, p.81). Con muchas perspectivas salgo del colegio reflexionando en lo que sigue.

Apenas me estoy adaptando al grupo, al contexto y a mi papel docente. La cooperadora advierte que, por motivo de viaje, me deja a cargo del aula. La clase es a las seis de la mañana y corresponde un bloque por lo que madrugo al colegio para alistar lo necesario. No quiero sorpresas ni dejar nada al azar. Es la oportunidad para probar ante los estudiantes que soy capaz de dirigirlos sin que la profesora esté cerca y reivindicarme como profesor. Sin embargo, no gano mucho con el madrugón porque el celador demora en encontrar las llaves del salón y cuando las halla, estoy a escasos minutos de que suene el timbre.



Caminando hacia el salón hago una revisión mental de la planeación que he preparado a costa de varias horas de traspasado organizando actividades, “amenas” para mí, con el fin de buscar resultados satisfactorios.

También me prevengo mentalmente para afrontar a los estudiantes que en mis clases padecen de sed insaciable, incontinenencia urinaria, llamadas urgentes y otros males similares, que de manera insistente piden que los deje salir del salón y a cuyas súplicas me estoy adaptando. Por ningún motivo puedo acceder a sus peticiones por ser el directo responsable del grupo.

Ya la cooperadora me ha indicado que si los chicos alteran la clase hable en la coordinación, pero “se supone que los profesores nuevos [...] manden a llamar al director o al secretario y todos saben que pasarán años hasta que aparezcan” (McCourt, 2005, p.27.) Este es un recurso poco efectivo y es lo último que quiero hacer. Los chicos saben que la indisciplina da para un llamado de atención leve y es extraño ver al coordinador pasar revista por los salones, por tanto, me rodea la incertidumbre y al mismo tiempo la esperanza de que todo saldrá bien.

La profesora ha informado a los alumnos que estarán con el practicante, pues son contadas las veces que me trata de profesor. Aunque los estudiantes me dicen profesor reconozco que me ven casi como uno de ellos; un segundo al mando, un ayudante de mediano poder a quien intentan hacerle exigencias que por ningún caso lo hacen con la titular. Porque les viene el evangelio de todos los días que reza: “Si a usted no le gusta así, se puede ir en paz”, señalando la puerta. Sin duda es el día especial para ganar terreno y



acreditar que el practicante, está capacitado en dar la lección, así como la precaución en guardar la calma sobre unos estudiantes acostumbrados al lenguaje del grito y la amenaza.

Abro la puerta del salón y comienzo a organizar el escritorio. Busco los materiales y me doy cuenta que faltan los marcadores y el que está no escribe. ¡Dios mío! y ahora ¿qué hago? Recuerdo que al principio la profesora me dijo: “Aquí muchas veces nos toca comprar las cosas”. Yo no tengo y salir a comprar uno ¿dónde? La verdad no quiero dar “papaya” porque imagino la crítica y la mirada socarrona de los estudiantes burlones del grupo.

Pero ya no hay nada que hacer pues “muchas de las cosas que nos ocurren podemos a veces preverlas y, en ese sentido, tratar de controlar o dominar sus consecuencias [...] pero no siempre ocurre así. No siempre podemos programar lo que nos va a pasar” (Bárcena y Mélich, 2000, p.11). Por lo pronto es mejor esperar a que entren, hablar con ellos y luego ir a buscarle solución al problema.

¡Ahí vienen! Lo sé por el timbre y el alboroto en el pasillo. Entran a los empujones y se acomodan en medio del chirrido propinado por las sillas que corren sin levantar. Cuando todas sus retinas se dirigen hacia mí realizo un breve diálogo, salgo a toda prisa hasta el salón contiguo. Una profesora me presta un marcador, pero me advierte que está sin tinta. “Vaya a la coordinación para que lo llenen”, me dice. Sigo mi odisea y al llegar allí no hallo a nadie. Espero un momento. Una profesora pasa por el lugar y solicito su ayuda. Después de varios minutos de búsqueda logra encontrar el tintero. Pasados diez



minutos por fin regreso al salón y, en un hecho atípico, encuentro a los estudiantes tranquilos.

Supongo que están así porque se encuentran sin hacer tareas y no me he equivocado. No termino de explicar las actividades cuando un alumno interrumpe mi discurso: “¡Ey! Profe, no nos ponga hacer nada”. Y otro agrega: “Ay sí, dejemos de copiar y de leer por hoy; mejor dicho, déjenos ir pa’la casa”. Las ideas son celebradas por la mayoría. Por si fuera poco, uno de los mayores del grupo, buscando la empatía de sus compañeros, dice con vehemencia: “¡Profe, por su culpa tuvimos que madrugar, si usted no estuviera con nosotros no habíamos tenido clase y estaríamos durmiendo, ¡que pereza venir aquí!”.

De inmediato, Ana se levanta de su puesto y dice a sus compañeros: “Muchachos aquí nadie está obligado a venir, si no quieren estar mejor no vengán y dejen que el profesor nos dé la clase o, ¿se la van a montar porque la profesora no está? Si ella estuviera estarían callados. Él nos trata bien, no grita ni echa a nadie, dejen que nos enseñe”. La actitud de Ana es oportuna, aunque algunos chicos la tratan de “regalada y lambona”.

Su intervención sirve para “frenar” la efervescencia del momento. Para aplacar los comentarios intervengo y elevo el tono de mi voz; me miran atónitos y se muestra un silencio que aprovecho para poner orden y establecer condiciones. Antes de iniciar veo que hay dos estudiantes nuevos y cuatro que no están. Sus amigos cercanos dicen que han migrado del pueblo. “Los puede borrar de la lista, ellos no volverán”, expresan. Es una situación común llegar al salón y ver “uno que sale, y otro que llega/uno que llega y otro



que sale” (Ruta de trenes, Odilio González). Doy la bienvenida a los nuevos y comienzo la clase.

—Muchachos, vamos a leer un cuento, pero les propongo que lo hagamos de forma compartida para que no solo lea yo, sino ustedes también y nos escuchemos.

— ¿Lectura compartida, como así? —Preguntan.

—Muy sencillo, yo empiezo leyendo en voz alta el primer párrafo, luego un voluntario lee el siguiente, después otro compañero hace lo mismo y así continuamos hasta terminar. La idea es que entre todos tratemos de comprender mejor el texto y comentemos aspectos que para ustedes sean relevantes. ¿Les parece?

—Sí, así es mejor.

— ¿Han llegado a leer de esta manera?

—No, a nosotros nos entregan las copias y solos, o en parejas, leemos y luego respondemos los talleres—, contestan varios alumnos.

— ¿Los muchachos nuevos, los migrantes, lo han hecho en sus escuelas?

—Tampoco.

Seguidamente Mariana aduce que leer en voz alta es hacer frente a las burlas cuando hay una equivocación. Hablo con los chicos, les digo que lo más fácil es equivocarse y más al leer, por eso no deben sentir vergüenza.



Saco las copias. Paola y Miguel se ofrecen para repartirlas y al contemplar el texto varios comentan: “Ea, qué lectura tan larga”. ¿Alguno quiere empezar la lectura? Les propongo y nadie responde. Empiezo a leer. La narración que traigo es un cuento de Allan Poe cargado de misterio y pronto logran concentrarse. Realizo preguntas y, desde los juiciosos, hasta los calificados de perezosos, se suman a la lista de participantes. Al paso que avanza casi todos quieren leer y algunos hasta se molestan porque después de haber leído quieren repetir, y son rechazados por aquellos que faltan por hacerlo. También la niña venezolana levanta su mano y hace preguntas.

— ¿Quieres leer? Pregunto al verla animada.

—Me gusta más escuchar.

Ya está venciendo su timidez. Está tratando de acomodarse a un espacio extranjero. Así mismo, me siento yo frente al grupo: un extraño y desconocido en procura de abrirme paso hacia una nueva esfera en el territorio educativo. Por tanto, me impresiona la capacidad de intervención de muchos, la formulación de hipótesis y el entusiasmo manifestado. En lo que llevaba allí no había percibido esa actitud.

— ¿Les gustó la lectura? — ¡Uy sí! —contestan.

— ¿Ya la conocían? — ¡No!, dicen todos.

— ¿Les gusta la lectura en voz alta y participar?



—Sí, se entiende mejor la historia porque usted y los compañeros ayudan a explicar esas partes confusas y uno comprende más—, dice Mariana.

—Ahora les mostraré un video del cuento que nos permitirá conocer otro formato y ampliar más el contenido y la comprensión de la lectura.

— ¿Profe, podemos acercarnos para verlo mejor?

—Claro que sí.

De principio a fin todos se quedan en silencio, concentrados y atentos a las imágenes y la narración. “¡Repítalo profe!” es la frase unánime al finalizar la presentación. Una lectura en voz alta bastó para que la clase de lenguaje, que en principio se pronosticaba difícil, avanzara sin mayores tropiezos. “Traiga más lecturas profe para que leamos, ese cuento nos encantó”, dicen varios al terminar la actividad. Lo mismo afirmó Carmen, la niña que el primer día de clase dijo no gustarle leer porque “le daba pereza hacer lo mismo” lo que hizo brotar, en medio de la tensión, una sonrisa en mis labios.

Tanto los chicos migrantes como los estables preguntan dónde encontrar ese cuento y más lecturas de ese estilo. Entonces me doy cuenta que a la mayor parte de los estudiantes del grupo les gusta leer, no obstante, es necesario que el maestro renueve su práctica cada vez que lo requiera y revise el modo de cómo conectarlos con la lectura. Los alumnos sienten tedio al leer regularmente de manera mecánica para responder a la evaluación y se deja en la orilla una lectura que les dé más sentido y tengan la oportunidad de opinar, criticar y valorar lo que para ellos es significativo.



En este caso, la lectura en voz alta, en este grupo, funciona como catalizadora para mejorar el acercamiento a los textos. “Se trata de una misma experiencia que [...] supone dispositivos particulares para hacer que los textos se conviertan en una verdadera apropiación y no sean percibidos como algo que se quiere imponer y de lo que habrá que rendir cuentas” (Petit, 2008 p.28). La experiencia también es bien aceptada por los chicos migrantes quienes argumentan que en los colegios donde antes estudiaban, la lectura en voz alta se hacía de forma esporádica y que les gusta escuchar la historia narrada por otro. Incluso conversando con algunos chicos recuerdan cómo en los primeros grados sus profesores les leían y a través de sus voces los envolvían en el relato hasta sentirse casi los protagonistas de la narración.

La lectura en voz alta es una práctica común en los primeros grados, a los niños se les lee con más frecuencia que en bachillerato. Según la concepción de la cooperadora los chicos no siempre van a tener quién les lea y ellos, por su propia cuenta, tienen que aprender a analizar un texto porque en una prueba están solos con la lectura, fuera de eso ya están grandes.

No obstante, si la misión es formar lectores hay que emplear los recursos necesarios y si la lectura en voz alta posibilita acercar a estos chicos a la práctica lectora y les ayuda a comprender otros conceptos tendrán más bases para hacerlo cuando estén solos. Y no solo leer en la escuela pensando en las pruebas, eso es importante, pero hay que mirar más allá. “El desafío es formar personas deseosas de adentrarse en los otros mundos posibles que la



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación

literatura nos ofrece, dispuestas a identificarse con lo parecido o solidarizarse con lo diferente y ser capaces de apreciar la calidad literaria” (Lerner, 2003, p.40).



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3



CAPÍTULO II. Una historia que contar.

Los estudiantes se aglomeran a la salida en espera de que el celador abra la puerta para abandonar el colegio. El bochorno, a causa del calor del medio día, hace que los chicos abucheen para que el cerrojo de la pesada armazón de hierro sea abierto lo más pronto posible. Hay manifestación de júbilo en los rostros y música en sus corazones: otra jornada académica ha terminado. Jóvenes y niños se apretujan con afán porque cada quien busca la manera de llegar a la calle; ya afuera marchan a toda prisa, gritan, ríen y se abrazan: todos muestran su contentamiento.

De pronto, veo venir una jovencita por el pasillo del colegio, camina despacio y pensativa mientras esquiva a las personas que aún quedan en la institución. La chica de cabello rubio y ensortijado atraviesa la puerta y sale a la calle. Solo va acompañada de su sombra y del brillo del sol reluciendo en sus manillas y cabello. Su silueta pierde consistencia al paso que avanza por la vía hasta desaparecer sin dejar rastro, como se pierde el sol al caer la noche.

La joven es Rosa, la estudiante venezolana que migró de su país e intenta adaptarse a su nueva vida. Aquí busca conquistar nuevos espacios: habituarse a otro contexto y tiene "que empezar a apoderarse de las calles. De las esquinas. Del cielo. De los cafés. Del sol y, lo que es más importante, de la sombra" (Benedetti, 1982, p.17). Con el pasar de los días ha ido ganando confianza y empieza a integrarse con el grupo. Primero solía aislarse en el tiempo de los descansos, su lugar favorito era recostarse en el tronco de un árbol ubicado frente a la cancha. Allí, bajo la sombra espesa, contemplaba la panorámica del colegio con



sus salones, oficinas, cafetería y alrededores. También la cancha donde en los recreos decenas de estudiantes van de un lado a otro. El sitio es un lugar tranquilo y elegido por estudiantes para estar a solas, con sus parejas o hasta para “dormir” un poco mientras acaba el descanso. Rosa esperaba a que el tiempo pasara y el sonido del timbre indicara la orden de volver al salón.

Pero ya no frecuenta el tronco del árbol ahora camina junto a dos amigas y conversan sin parar. Dice “estar bien en el colegio porque sus compañeros y profesores son cordiales en su trato”. Aunque extraña muchas costumbres de su patria y echa de menos a los familiares que dejó en Venezuela, se ha estado acomodando a la nueva vida que la brusquedad del destino le ha deparado. Así encuentre personas amables la razón es que, “allá, siempre había hecho el mismo camino para volver a casa. Y aquí echaba eso de menos” (Benedetti, 1982, p.17).

Dejó atrás parte de su familia en un lugar donde todo era armonía y felicidad. Para ella es angustiante y triste, una mañana al despertar vio a sus padres con cara de desconsuelo. “Era su último día juntos, el último día en familia, mi padre se iba de la casa, nos dejaba a cargo de mi madre, una persona que tendría que dar la vida y jugársela toda para sacarnos adelante”, dice a sus dos amigas, con quienes comparte sus confidencias, sentadas junto al salón antes de entrar a clase.

Mientras cumpla el itinerario en el colegio tengo la oportunidad de acercarme a Rosa y entablar un breve diálogo sobre su vida en Venezuela y el porqué se vino de allá. Cuenta que vivía en la ciudad de Caracas con su madre y dos hermanos.



Todo marchaba con normalidad: la madre trabajaba en oficios varios, no tenían grandes lujos, sin embargo, conseguían lo necesario y sobrevivían sin mayores problemas. Pero de un momento a otro, la situación empezó a ponerse difícil, el dinero no alcanzaba para lo básico y la madre perdió el trabajo. Esto debido a los cambios políticos y sociales del país que terminaron en una profunda crisis alimentaria, de empleo y de salud.

Por eso, antes de que el presidente Nicolás Maduro tomara medidas para cerrar la frontera con Colombia, ella y su madre decidieron abandonar su patria: migraron para Colombia. “Estábamos pasando necesidades económicas y la escasez de alimentos nos estaba llevando a aguantar hambre, aquí es mejor, uno sale a la esquina y encuentra los alimentos que necesita, pero allá no. Los supermercados se ven vacíos; la gente se desespera y uno no sabe qué hacer. No aguantamos más. Lo mejor era buscar para dónde irnos lo antes posible y nos venimos para acá”. Recuerdos con sabor a nostalgia, eso es lo que muestra la joven cuando su mente retrocede a describir los motivos que la impulsaron a dejar su tierra.

Ha sido un cambio de vida insospechado, sobre todo en el contexto educativo. Aunque su rendimiento académico ha mejorado observa notables diferencias en la enseñanza del colegio San José del Citará y la que recibió en Venezuela. Su adaptación al contexto ha sido lenta. Realizó sus estudios primarios en varias escuelas de la capital venezolana. “En el colegio donde estudiaba me evaluaban hasta siete veces por semana por lo que tenía que estudiar mucho, por el contrario, aquí emplean más el taller. Las evaluaciones son pocas veo menos exigencia y menos cantidad de materias. En Venezuela



veía dieciséis materias a la semana, en esta institución se ven doce materias. Otra diferencia es el nombre que aquí le dan a la materia: lenguaje, allá lo llamamos castellano por eso todo para mí es distinto”. Al decir esto una leve sonrisa se escapa de sus labios y hace juego con su mirada alegre. Cada día se adapta más a su nuevo colegio y las amistades le ayudan a pasarla bien. Entre sus metas está regresar a su país y seguir estudiando.

A su llegada al colegio era tímida y hablaba poco. Sus relaciones interpersonales han mejorado y empieza a destacarse por su esmero en el estudio. Le gusta la lectura en voz alta, dice que le recuerda a Caracas, a su colegio y a profesores que, de vez en cuando, leían de esta forma. La literatura le permite migrar y recordar paisajes, espacios, rostros y acontecimientos vividos.

Sin embargo, con el pasar de los días su interés por el estudio ha perdido sentido. Lo sé por sus notas y porque su disposición en clase no es la misma. Sacar el celular está prohibido y el alumno que lo haga se le decomisa. Si la falta se repite no es devuelto hasta traer al acudiente, pese a esto, a ella no le preocupa.

A “escondidas” toma su celular y desconecta su atención de las explicaciones y el tablero para fijarla en la pantalla. Se resguarda tras la espalda de la chica que está delante de ella y aprovecha la posición de estar sentada en la última silla de la fila para observar lo que pasa a su alrededor. “Es el mejor sitio. Nadie te ve, pero tú los ves a todos” (Mayorga, 2008, p.9). Estudia con intermitencia: unas veces sonriendo y otras dando muestras de asombro. Toma su bolígrafo y simula escribir para hacer pensar, si alguien la mira, que está realizando la tarea.



Levanta la mirada con insistencia y la clava sobre la docente para cerciorarse que está ocupada revisando trabajos. Baja la cabeza, la apoya sobre su mano izquierda y acomoda su cuerpo hasta lograr ponerse en línea recta con su compañera. Sabe que si es descubierta no tendrá concesiones ni podrá justificar. Así pasa varios minutos de clase, luego guarda el equipo con toda reserva y agiliza su tarea tratando de hacer lo que puede porque hasta ahora no pide explicaciones a sus compañeros ni al profesor.

Esta actitud se ha vuelto frecuente en Rosa y también en otros estudiantes. El celular es un distractor para la atención en clase, “el creciente uso de estos dispositivos está desviando la atención y prioridad ante la preparación académica e impacta de manera directa los indicadores de rendimiento estudiantil” (Tomado de El Colombiano.com, el 24 de junio de 2016). Para las directivas y profesores del colegio esto se ha convertido en un problema y han prohibido a los estudiantes manipular dichos aparatos en clase. Desde luego, los chicos ven la medida arbitraria y, a veces, es motivo de discusión entre docente y estudiantes, por el decomiso casi a la fuerza de algún celular. Aun así, algunos estudiantes lo siguen haciendo. Fuera del salón ellos dicen: “No sé qué sería la vida de nosotros sin celular”.

En uno de los descansos aprovecho el instante en que la joven pasa por el pasillo. La ocasión es propicia para acercarme de nuevo y platicar con ella. No es usual verla por estos lados ya que suele caminar de un lado a otro con sus amigas. Narró que su madre es colombiana, pero desde niña vive en Venezuela. Como las condiciones no han sido



favorables para las dos aquí en el pueblo, ella está recluida en un hogar de paso mientras su madre trabaja.

— ¿Qué haces en ese lugar? Pregunto.

—Barrer y trapear—contesta.

Esa se ha convertido en su especialidad. El resto del tiempo lo dedica a las tareas y a conversar con las otras compañeras que habitan allí. Nunca había estado en un sitio de esos, es más, no lo conocía, porque siempre vivía en una casa. “Ahora ya no vuelvo a una habitación. Tampoco es una casa. Es simplemente un apartamento, o sea, un simulacro de casa: una habitación con agregados” (Benedetti, 1982, p. 19).

Fuera de allí, Rosa vive en un pequeño apartamento ubicado en un barrio periférico del pueblo. En este lugar el arriendo es más barato y aunque las condiciones son precarias se siente bien allá. Pese a que la joven muestra ser amable y sencilla, cuando habla de su vida un aire de melancolía invade su rostro y su sonrisa se torna nostálgica, quizás se lastiman heridas por eso no responde a muchas preguntas y prefiere guardar silencio.

Como se indicó, Rosa bajó su interés por el estudio. Las faltas a clase son repetitivas, en ocasiones asiste por unas horas y luego se vuela del colegio. Esto le está trayendo problemas. Seguido se ve entrar a coordinación para realizarle el debido proceso: llamados de atención y presentación del acudiente. Lo extraño es que su madre no la acompaña. “Es que ella no puede venir porque no le dan permiso en el trabajo” es la respuesta cuando le preguntan por qué ella no hace presencia en la institución.



Averiguo con la profesora y esta me dice que la joven ha cambiado mucho: “Presenta tareas a medias y viene poco al colegio”. Últimamente la he visto retraída en clase. Solo da muestras de atención mientras leemos en voz alta.

Acabo de terminar la clase. Los chicos están en el descanso y aprovecho para revisar trabajos. Rosa ha hecho la mitad de la tarea. En ese momento entra la profesora y comentamos la situación de la chica. “¿Ve que no es mentira?, ella no presenta los trabajos completos, no da razones y solo atina a decir que no la hizo. No sé qué le está pasando”. Luego de esto, la cooperadora se aleja del salón para tomar su desayuno y cuidar la cafetería.

Sigo pasando revista a los cuadernos. La música que pone la emisora del colegio para amenizar los recreos se confunde con el bullicio de los estudiantes. Termino la tarea y me paro en la puerta del salón. En el pasillo todo parece normal. Veo a Rosa rodeada de estudiantes. Una de las chicas lanza una risa sarcástica y dice: “No necesito ayuda de nadie, puedo sola”. De pronto Rosa se abalanza sobre la estudiante, la toma por el cuello y comienza a ahorcarla. La chica desesperada echa mano del cabello de Rosa y empieza una fuerte agresión física. No veo profesores por ningún lado y decido intervenir intentando separarlas, pero no soy capaz de hacerlo. Cada segundo la pelea toma más fuerza y no las puedo soltar. Los estudiantes se aglomeran y aprovechan para aumentar el desorden y “apoyar” a una y a otra con frases como:

— ¡Déle duro Maduro!



— ¡No se deje ganar, Yuli, déle con ganas!

Y otros gritan:

— ¡Una pela entre Maduro y Santos!

Y las risas se combinan con palabras de todo tipo. El ruido hace que dos profesores se abran paso entre la multitud y toman a una y otra. El forcejeo no termina. Ambas están sujetadas por los cabellos, y ninguna quiere soltarse. De tanto jalar, las dos pierden cabellos y los arañazos en cara y cuello evidencian el tamaño de la riña. Por fin logramos separarlas y son llevadas a coordinación. Yo también salgo lastimado. Al ver la profesora los rasguños en mi rostro, me conduce hasta la coordinación para que rinda versión de los hechos.

Allí Yuli, una de las alumnas, me pide disculpas. Rosa no lo hace y su mirada denota resentimiento. La coordinadora habla de normas, riesgos, problemas y de la conducta que se debe tener en el colegio. Rosa discute sin parar pues “me importa un cuerno [...] me aburre que me digan que me porte como corresponde a mi edad. A veces me comporto como si fuera mucho mayor de lo que soy [...] pero de eso no se da cuenta nadie” (Salinger, 1997, p.19). Una y otra se acusan de iniciar la pelea. — ¿Qué es lo que pasa entre ustedes? — Pregunta la coordinadora.

—Esta me jode porque no soy de aquí—, contesta Rosa. Y agrega: — usted me vuelve a decir Maduro y no sabe lo que le pasa conmigo. La coordinadora sigue mediando en la discusión y yo me retiro de la oficina. Es aquí donde me doy cuenta que a la joven la apodan Maduro. En el salón no le dicen así para que la profesora no regañe a los que la



tratan de ese modo, pero fuera pierde el nombre propio. ¿Por qué ese apodo? Los chicos no dan razón, dicen que así la llaman y para muchos es motivo de burla. Y claro, ella se molesta porque percibe un “sentimiento de temor y odio ante los otros, los distintos, los extraños, los forasteros” (Sabater, 1993, p.23). Esto se convierte para ella en un problema y por eso entra en discusión con aquellos que la hacen disgustar.

Al dirigirme al salón pienso en todo lo que me ha pasado y de los aprendizajes que he tenido. Finalmente, pienso, la mejor universidad es el colegio porque me enfrento a la realidad educativa, a sus luchas y tensiones. Aquí vivo lo que desde fuera se ve distinto. También me doy cuenta que algunos estudiantes “ni son muy tolerantes con los forasteros, ni acogen amistosamente al que viene de otro país” (Homero, 1968, p. 104). Ambas estudiantes fueron expulsadas varios días del colegio.

De ahí en adelante Rosa viene poco a clase y se ve callada. Camina con los audífonos puestos en los oídos para escuchar la música vallenata que es la preferida. Lo sé porque me ha dicho que “si hay algo que me gusta de Colombia es el vallenato, y eso va a ser lo mejor que me llevo de aquí. Me encanta porque me recuerda a mi país”.

El martes Rosa llegó al colegio y se acercó a la profesora para decirle que pronto se va. —Profe, necesito las notas y la papelería— le dice en voz baja para que solo ella la escuche.

—Usted me debe dos talleres. Tráelos para calificarlos.

—Umm, no sé dónde los tengo.



— ¿Entonces qué notas le voy a entregar? Eso ya es descuido suyo.

— ¿Qué más tengo que hacer?

— Vaya a coordinación y a rectoría que allá le dicen qué tiene que hacer.

Rosa da media vuelta y antes de llegar a la puerta le pregunto si regresa a Venezuela. Y sin parar de andar atraviesa el umbral diciendo: “¡Aja!”. Días después pregunto a sus amigas cercanas qué saben de ella. “Nada profe, se fue sin despedirse”. ¿La extrañan? Pregunto. “No, por qué la vamos a extrañar, ella no es de aquí. El que se va se va y ya no hace falta”, dicen.



CAPÍTULO III. Marco Teórico

Sentado en una silla ubicada en el pasillo principal del colegio ojeo, por momentos, un libro que tengo en mis manos. El día está radiante y bello y un leve viento va refrescando y revistiendo mi piel de una brisa mansa. Dirijo mi mirada al cielo y veo a las aves surcar el espacio, tal vez buscando un nuevo sitio dónde habitar por algún tiempo, pues ellas también migran a otros lugares para sobrevivir. Por mi lado pasan estudiantes que hace poco llegaron al colegio y esto me hace recordar a otros que ya se han ido.

Entonces viene a mi mente una canción que comienzo a tararear con mis labios, “Qué lejos estoy del suelo donde he nacido/ inmensa nostalgia invade mi pensamiento/ y al verme tan solo y triste cual hoja al viento/ quisiera llorar, quisiera reír de sentimiento/”. Los versos anteriores hacen parte de una reconocida ranchera interpretada por Miguel Aceves Mejía y Luis Aguilar. Sus palabras expresan la nostalgia de una persona ausente de su región o patria, que ha salido a buscar otros mundos y ambientes.

En seguida miro el libro que tengo en las manos y pienso que con la lectura pasa lo mismo: también se migra. Como afirma Lerner (2003, p.115) “Leer es adentrarse en otros mundos posibles. Es indagar en la realidad para comprenderla mejor”. Tanto el migrante como el lector aprenden a conocer de cerca lo que sucede en otros contextos y a entender la realidad de forma distinta. Es que leer es ir a territorios desconocidos con el fin de hallar nuevos rumbos y de habitar el texto. La diferencia radica en que la lectura permite migrar y ser testigo de las peripecias de personajes ficticios que comparten rasgos similares a los nuestros, mientras que el migrante viaja con los pies y vive en carne propia las luchas que



tiene que enfrentar y de adaptarse al nuevo contexto bajo las posibilidades o barreras que éste le ofrece.

Los casos de personas que abandonan sus sitios de origen para instalarse en otro lugar son incontables. Ya sea una retirada temporal o definitiva queda arraigado el deseo por regresar y la esencia de dónde se es. Así lo señala Franco (2012, p.22) “pienso: todo menos el olvido. Yo que perdí mi ruta no he podido olvidar, por mucho que lo he intentado, lo que soy y de dónde he venido”. Y no es para menos; atrás queda familia, amigos y costumbres que configuran la memoria histórica y cultural de la persona que no es posible desatar.

Aunque la migración es tan antigua como el hombre mismo, aún no hay un concepto claro para delimitarla debido a la variedad de eventos que se presentan. Teniendo en cuenta lo complejo que resulta precisar qué es la migración, en este trabajo tomo el concepto de Prat I Carós (2007) que la define como “el proceso por el que alguien deja su país (o su región si la migración es interna) para irse a otro país o a otra región. [...] Implica como mínimo una nueva residencia y a menudo una nueva sociedad” (p.22).

Por otro lado, Elizaga y Macisco (1975) distinguen entre la migración impulsada y la forzada. La primera se refiere a que la persona tiene la capacidad de elegir si quedarse o irse del lugar, en la segunda no hay posibilidad de elección y ésta tiene que salir por la fuerza.



Algo similar pasa en la institución con la lectura. Los chicos le ven poco sentido ya que en la mayor parte de los casos se les impone. Hacer leer bajo la presión de una nota, en vez de acercarse a la lectura, aleja. Esto es una función que interesa al profesor, pero no interesa a los alumnos. Por más buenas intenciones que haya para incentivar el gusto por la lectura, si falta motivación en el proceso, el resultado no es favorable. Lo que se persigue es atraer a los estudiantes a los libros, no que se aparten. Frente a la lectura forzada Borges (1980, p.38) dice: “Si estos textos les agradan, bien; y si no les agradan, déjenlos, ya que la idea de la lectura obligatoria es una idea absurda: tanto valdría hablar de felicidad obligatoria”. Si se continúa con esta práctica los alumnos siguen pensando que leer es aburrido y lo hacen con el fin de sacar una calificación.

A los estudiantes de este grupo les llama la atención la lectura en voz alta. No obstante, la estrategia que vengo empleando me plantea retos porque tengo que provocar el gusto por una práctica que para los alumnos es tediosa. Conociendo que estoy en un sitio de migrantes, mi empeño es hacer que los chicos también migren a la lectura.

Así como hay estudiantes que llegan de otras regiones para hallar espacios que les brinden mejores condiciones de vida, con la lectura en voz alta les quiero mostrar que leer es recrear la imaginación, conocer paisajes, culturas y viajar por el tiempo y la historia. Sé que a los migrantes los mueve la necesidad de conseguir beneficios económicos. La lectura no genera esta clase de ganancias, pero sí genera ganancias comunicativas que ayudan a construir el sentido a la vida.



A Colombia están ingresando cientos de venezolanos con el ánimo de encontrar condiciones de vida favorables, debido a que Venezuela atraviesa una delicada crisis política y económica. Por cierto, en un artículo publicado en el periódico El Tiempo, el representante de ACNUR en Colombia, Martin Gottwald, menciona “que la entrada masiva de venezolanos [...] se debe principalmente a la difícil situación humanitaria en el vecino país”. (Tomado de El Tiempo. com, el 22 de julio de 2016). Basta mirar los noticieros donde se da a conocer la escasez de alimentos, medicinas y productos de primera necesidad.

Precisamente, estas fueron las razones por las que Rosa llegó a Colombia. El temor por lo que pudiera suceder en caso de que la crisis ahondara precipitó el afán por salir de allí. Lejos de su natal Caracas, la joven ha visto que la migración constituye una opción que posibilita “la única vía de construir un futuro mejor, si no de la familia en su totalidad, al menos de algunos de sus miembros” (Alfonso, 2005, p.368). Aunque la decisión de partir se hizo de manera voluntaria, allá quedó su familia. Ella y su madre marcharon por ser más vulnerables a los problemas que están ocurriendo y vinieron con la ilusión de que aquí les irá “mejor”.

Cuando leemos en voz alta los estudiantes prestan atención a las historias y luego las enlazan con sus vivencias. Este es un momento particular. Migrantes y no migrantes escuchan lo que sus compañeros cuentan. Ahí se presenta otro tipo de lectura en voz alta, no leída; es contada.

Lo significativo es el silencio que opera en el salón. “En ese espacio de intercambios que es la lectura en voz alta se gesta, alienta y cultiva uno de los aprendizajes



básicos para la vida, fundamental para establecer relaciones significativas [...] donde por excelencia se expresa lo humano: la escucha” (Calonge, 2007, p.31). Así mismo, es un medio para aprender del otro, ampliar el aprendizaje y tener una concepción distinta del mundo que nos rodea.

Con la lectura en voz alta los estudiantes no solo afinan el oído para escuchar; también para leer sentimientos y emociones al escucharse ellos mismos. Además de ser un ejercicio de aprendizaje y disfrute de los textos, también se convierte en un acto de comunicación a través del empleo de la palabra.

Esto lo veo cuando Rosa, después determinada una lectura, comparte un poco de sus anécdotas en Venezuela y de la tristeza que la invade luego de hablar con sus hermanos y tiene que colgar el teléfono; tal vez le suceda como a Franco, el escritor, quien señala que “colgar era morir un poco. Algo de mí se queda siempre en las despedidas. No sé si a todos, como a mí, los matan lentamente los adioses” (Franco, 2012, p. 117). Pese a que está más adaptada a la falta de su familia, agrega que si se hubiera quedado estaría pasando necesidades como sus hermanos. Desde entonces, la comunicación por las redes sociales es el medio que le permite mantener un vínculo “cercano” con el resto de parientes.

Algo semejante ocurre en el salón. El intercambio comunicativo nos proporciona el vínculo cercano, no por las redes sociales, sino a través de la lectura y el empleo de la palabra, “pues lengua, lectura y escritura son lugares donde ocurren los intercambios sociales, la construcción de lazos, la vida de las instituciones, el vínculo con los relatos fundantes” (Pérez Abril, 2004, p. 73). Algunos chicos manifiestan que leer en voz alta les



ayuda a dejar su timidez, sobre todo para los migrantes que al llegar se sienten solos y hasta les resulta ameno ya que son escuchados.

Estamos en descanso. Rosa saca su celular donde tiene unas fotos de su familia. Las mira con resignación. Las besa y aprieta contra su pecho en un instante que parece eterno, luego comparte las imágenes con las compañeras más cercanas.

—Tus hermanos están bonitos—dicen Luisa y Ana.

— ¡¿Qué?! —Sonríe Rosa.

— ¿De verdad? —Responde con sorpresa.

—Uy si, están guapísimos —, mejor dicho, robables—agrega Ana con cierta picardía.

— Ellos son hermosos, yo los amo y me hacen mucha falta —. Responde mientras guarda su celular en su pequeño bolso.

Al hacer este tipo de comentarios su rostro denota tristeza y desconcierto.

— ¿Todavía no sabes cuándo vas a volver? —pregunta Luisa.

—Mis hermanos dicen que eso allá todavía está maluco. Pero no veo la hora de reunirme con mi familia y amigos y volver a caminar juntos por las calles y parques de Caracas que es una ciudad tan linda.

Esto dice fijando la mirada hacia un punto indefinido del horizonte, como intentando no perder de vista dónde está su patria, ese suelo que la vio nacer y que ahora extraña. Al escucharla recuerdo una canción que bien alude a su condición migrante: “Sin el calor de mi gente/ siento frío el corazón/ y siento dolor de patria/ dolor de amigos dolor de amor?”. (Dolor de patria, Darío Gómez). Mientras tanto espera que haya cambios positivos en su nación para regresar. “Y ojalá Maduro no demore mucho en dejar la



presidencia porque desde que ese señor se montó allá las cosas no van bien, y a mamá y a mí nos consume el deseo de volver a casa”, dice.

Rosa comenta que su experiencia con la lectura ha sido solo para hacer tareas. Los únicos referentes lectores que ha tenido son algunos profesores que le leían cuentos en la escuela. Dice que le gusta más seguir y escuchar la lectura al paso que otro va leyendo, porque así la entiende mejor. Es una idea que comparte el resto del grupo. De hecho, al momento de sacar el texto para leer, la mayoría de los chicos piden el espacio para hacerlo y más cuando el título llama su atención. A veces se enojan porque su participación se aplaza. Lo que hago para “aplacar” los ánimos es repartir por párrafos para que en vez de leer uno, lo hagan entre varios.

Al profundizar en el análisis los comentarios surgen de inmediato y observo que hay comprensión y reflexión en los aportes. Aparecen preguntas cuyas respuestas son dadas por los estudiantes debido a que tienen “una participación activa en la interpretación y comprensión del texto, esto es, en la construcción de su significado” (Calonge, 2007 p.31). Incluso, Carmen pide que le regale las lecturas porque “quiero hacer una colección de las que usted nos trae”. ¿Por qué? Pregunto por curiosidad. “Porque son lecturas que me gustan y diferentes a las que conozco. ¿Sabe profe? Las vuelvo a leer cuando llego a casa”. Escuchar eso me alegra. Siento que mi labor como profesor principiante de Lengua Castellana está dando sus primeros frutos. Si Carmen solicita los textos es porque tienen significado para ella y quizás son la ruta para llegar a más lecturas.



A los chicos les gusta escuchar lecturas distintas y por eso trato en lo posible de seleccionar las que considero pueden “gustar” para atraparlos con la narración. Con todas las lecturas no funciona lo mismo. Los relatos divertidos, las de viajes y las que se relacionan con sus vivencias están entre las preferidas al igual que los mitos y las de suspenso. Lo sé por el silencio, las risas y las caras de asombro. A veces cuando no observo los mismos gestos me doy cuenta que la historia no tiene el efecto que espero, por lo que realizo preguntas y hago comentarios para mantener la atención. De un modo u otro trato de adecuarla a los receptores y a sus intereses.

Que haya buenas o malas lecturas no es de mi competencia decirlo. Solo sé que es algo relativo y que existen textos para todos los intereses. En una de las clases una de las estudiantes me pregunta: ¿por qué los profesores escogen los mismos libros para leer si hay tanto de dónde elegir? Y lo más curioso es que prefieren los malos”. Y continúa: “Uno va a una biblioteca y ve tanto para leer que me pongo a pensar por qué siempre en el colegio ponen a leer lo mismo”. Su interrogante se da porque su hermana, que está en un grado superior, tiene la tarea de leer determinado libro y está aburrida porque ni lo entiende y tampoco le gusta.

Trato de responder su interrogante hablando de contenidos, currículo, canon... La veo asentir como si estuviera aceptando mi afirmación, aunque percibo sus dudas. El debate se abre con comentarios y más preguntas de distintos estudiantes. Estos terminan proponiendo que se puede dar la oportunidad de elegir qué se quiere leer y no lo que toca. Esto me pone a reflexionar en que “la lectura está de alguna forma obliterada por una



relación de fuerzas (entre maestros y alumnos, o entre productores y consumidores) de la cual se vuelve su instrumento” (de Certeau, 2000, p. 184). En alguna medida la lectura está convertida en un medio de intereses y hay unos textos con mayor difusión que otros. La escuela tiende a proponer ciertos autores para discutir sus temáticas y analizar sus ideas. Para chicos y profesores se vuelve problemático y en ocasiones los destinatarios no alcanzan a tener una experiencia significativa con la lectura.

Por eso escoger lecturas para llevar al aula me generan incertidumbre pues no sé qué acogida van a tener. La ventaja de leer en voz alta con el grupo es que deja de ser algo pasivo para convertirse en experiencia participativa con los alumnos, para migrar a la palabra, a la conversación y eso nos lleva a ampliar la visión del tema.

A Rosa la lectura le ayuda a comprender un poco su situación. Le ha permitido saber que el ser humano es un ser andante y lucha por establecerse en lugares diferentes. Así mismo ella es hija de una migrante. De pequeña su madre fue llevada a Caracas y en plena juventud comenzó a ganarse la vida trabajando en la capital. Luego conoció a un venezolano con quien formó una familia.

Con el tiempo el padre de Rosamigró hacia otra región de Venezuela, animado por la idea de un buen trabajo. Sus largas estadías abrieron una brecha entre él y la familia hasta que se marchó del hogar.

Para la joven fueron momentos duros al sentir la ausencia de su padre y manifiesta tenerle un amor entrañable. Por eso una de sus canciones favoritas lleva por título



“Historia”, interpretada por la agrupación colombiana los Diablitos del Vallenato. Ésta le recuerda a su infancia al lado de su papá. La pone a sonar en su celular. Mientras hace el aseo del salón acompaña a los artistas en los versos que dicen: “Porque cuando yo estaba pequeñito/ siempre del trabajo lo veía llegar/ y salía corriendo como un loquito/ en busca de mi querido viejito/ con los brazos abiertos me solía esperar/...por eso le pido a todos los padres/ que a sus hijos no los dejen así/ porque ese es un sentimiento muy grande/ se los digo porque yo lo viví.../”. Aunque disfruta escuchar la canción, por otro lado reniega tener que hacer el aseo, pues dice que en “mi país los estudiantes no hacemos limpieza del salón. El gobierno paga el personal para que lo realice”.

Hasta hace poco Venezuela se destacaba por tener una economía boyante, sólida, capaz de brindar un presente y un futuro próspero. En efecto, a Rosa no le pasaba por la mente venir a Colombia. Todo iba bien. Su madre tenía empleo y gozaba de subsidios otorgados por el gobierno. Hasta que en los últimos años las cosas dieron un giro repentino y se tornaron complejas debido a los problemas económicos, por lo que “para nosotras lo ideal era buscar una parte donde nos fuera mejor”. En medio del pánico provocado por la escasez de alimentos y la tensión social, la mamá llamó a los familiares en Colombia y les contó que estaban sufriendo y con la duda de no saber qué podía pasar. Estos, les dijeron que se vinieran que aquí había problemas, pero tenían techo y comida. Igualmente podían encontrar un colegio para que la niña continuara sus estudios que era, según lo narrado por Rosa, otra de las dudas que tenían al llegar aquí.



—Por ningún motivo — explica la joven—, quería dejar de estudiar y lo mejor era seguir así fuera en un país extraño.

— ¿Cómo fue tu salida de Venezuela? —, le pregunto.

—La noche antes del viaje casi no dormí —comenta con emoción—, no quería que amaneciera.

— ¿En qué pensabas?

—En todo. En la salida, en la despedida, en el largo recorrido y en la llegada Colombia.

La mañana para la joven llegó inexorable como caballo sin freno. El reloj dio el aviso de que la hora de ponerse en camino estaba cerca. Ella se levanta con el rostro desenchajado y una extraña impresión. Respira hondo y siente que su interior se derrumba al no hallar una explicación lógica del por qué tiene que marchar. Al frente tiene un día sobrecargado por el fuerte trajín que les espera. ¿No será peligroso para las dos viajar tan lejos? Es otra de sus inquietudes. Toma su maleta y sale a la puerta, mira el interior de la casa para traer consigo los recuerdos que le deja cada una de las habitaciones. Pero viene lo peor: la despedida.

—A la hora de partir lloré mucho al tener que dejar mis hermanos y amigos—dice ella. Los abracé y no quería soltarlos, les decía o más bien suplicaba que vinieran con nosotras.

— Vayan tranquilas— nos dijeron ellos—, eso es por un tiempo, ya luego volverán.



—En ese momento deseaba quedarme— declara con tristeza—. Hasta ese día, a excepción de mi padre, nosotros no nos habíamos separado y menos irnos para otro país. Veía que mi familia se desintegraba.

Entonces marcha con su historia a cuestas y una maleta llena de recuerdos en busca de otra esperanza lejos de su patria. Y “una tarde cruzó la frontera en su pecho llevando una flor/ una dulce sonrisa en sus labios y cantando al amor se marchó/cobijando la grata esperanza de lograr un mejor porvenir/fue a buscar la ilusión de otra tierra que jamás encontró en su país” (El emigrante, Vicky).

Son cuatro días de viaje por carretera desde Caracas hasta llegar al municipio de Ciudad Bolívar, Antioquia. Apenas arriban a Cartagena pregunta a su mamá si falta poco para llegar al pueblo porque está exhausta y ella contesta que aún queda un buen trayecto por recorrer.

—Podemos seguir durmiendo—, me dijo.

A duras penas se recuesta en la silla y se deja vencer por la fatiga. “Es imposible seguir sin adormecerse. Ya sabía yo que más tarde que temprano me ganaría el cansancio” (Franco, 2012, p.227). Le preocupa que el dinero no les alcance porque traen poco. El recorrido continúa.

Pasa por muchos lugares y los paisajes que se ponen a su vista a través de la ventana del autobús, le recuerdan ciertas regiones de Venezuela con sus montañas y



llanuras. “Entonces las imágenes de mi familia y amigos visitan mi mente y una honda pena se adueña de mis sentimientos”.

¿Qué estarán haciendo en estos momentos? ¿Mis amigas con las cuales compartía casi todo el tiempo en la esquina de mi casa, estarán charlando en la acera, molestando y riendo como lo hacíamos cuando estábamos juntas? Se pregunta.

Se siente triste y aún más cuando advierte que con el paso de las horas se internan en territorios inciertos y con la inquietud de saber que arribarán a un lugar donde todo es ajeno. Hasta la misma familia porque ella no los conoce y solo tiene las referencias de su mamá. El día acaba y llega la noche dentro del autobús. Está agotada. Ya no soporta las posturas y cuando el vehículo se detiene para que los pasajeros bajen a comer algo e ir al baño, siente el cuerpo molido.

“Por momentos pensé que no llegaríamos nunca. Es que cuatro días es mucho tiempo viajando y no había hecho un recorrido tan largo, y menos bajo las condiciones por las que tuve que dejar mi hogar. Hasta que por fin llegamos al pueblo y sentí el peso de ser forastera porque no sabía bien a dónde, en realidad, íbamos a llegar. Al bajar del autobus nos dirigimos a la esquina de un viejo café a esperar que vinieran a recogernos y justamente sonaba una canción que decía”: “Me siento desconocido/ como barco sin timón/ que no lleva rumbo fijo/ y sin saber para dónde voy/” (Dolor de Patria Darío Gómez). “Y estos versos quedaron grabados en mi mente. Todavía los recuerdo y tengo la canción en mi celular”.



La familia las recibe bien pero pronto advierten que la casa es pequeña. A la hora de dormir le toca acomodarse en el piso y no tiene donde guardar las pocas pertenencias que trae. Pasados unos días sale con su madre en busca de una pieza para arrendar y se van a vivir a otro lugar. Allí la precariedad y la modestia se constituyen en otros miembros de la casa.

— ¿Cómo te pareció el pueblo? —Le pregunto.

—Al principio me parecía pequeño, pero al recorrerlo visitando casas para alquilar me di cuenta que es grande.

Y aquí se encuentra. Tiene necesidades porque la madre no gana mucho dinero. Por ahora, ella consigue para comer y pagar arriendo.

Los primeros días son duros para tratar de adaptarse a las costumbres de la población. Sobre todo, a la forma como se nombran muchas cosas y que en Venezuela se dicen de otro modo. Le parece chistoso y hasta vulgar cuando escucha a la gente que sale a esperar el bus de servicio urbano.

—Aquí dicen “vamos a coger el bus”. Para nosotros la palabra coger es una grosería, allá decimos agarrar el bus.

— A lo que ustedes llaman fríjol allá le decimos caraota, a las chanclas le decimos cholas; al pantalón, pantaleta; a la papaya, lechosa y al tamal, huyaca.



La gente las mira con extrañeza cuando salen a comprar algún artículo. Entonces para evitar burlas y comentarios de las personas mejor señalan el producto que desean conseguir. Poco a poco se ha estado acomodando a los nuevos términos lingüísticos. Los vecinos les dicen las costeñas por el acento y cuando dicen que son de Venezuela, algunos preguntan que si eso allá es muy malo puesto que vinieron a parar aquí. Ellas comentan que la escasez de alimentos es un hecho, pero Venezuela tiene muchas cosas buenas, dicen.

A veces Rosa se pregunta: “¿por qué me pasó esto a mí?” Cuando estaba más pequeña la mamá le contaba algunas historias de Colombia y lo veía como un país lejano. “No pasaba por mi mente venimos a vivir aquí y en condiciones tan distintas a las que teníamos en Caracas. En la escuela me mostraban el mapa y veía que Colombia y Venezuela estaban unidas y a la vez separadas por una larga línea curva. Me decían mis profesores que esa era la frontera que nos dividía y pensaba que tal vez era un muro alto, largo y difícil de cruzar, y no es así.”

Pese a que su madre es colombiana adoptó el acento venezolano por los años que ha estado radicada allá. Al llegar al paso fronterizo sintieron temor por las restricciones que pudieran encontrar, entre ellas: que les fuera negada la entrada al país y se vieran en la obligación de regresar. Eso les generaba angustia. Sin embargo, las autoridades colombianas las trataron bien y les permitieron pasar sin problemas.



Rosa manifiesta en el momento no tener un lugar fijo, “Ni soy de aquí, ni soy de allá”, lo dice con un aire de sentimiento. Tal vez no se dé cuenta que la frase dicha hace parte de una canción de Facundo Cabral, que bien se relaciona a lo que siente y piensa.

Por tanto, hasta que en Venezuela la situación no mejore, la chica espera cursar la secundaria en su actual colegio y no quiere empezar una nueva trayectoria académica en otra institución, “porque los primeros días uno llega perdido con los temas, las tareas y piensa que no va a ser capaz de acostumbrarse, eso es muy maluco. Uno es solo. Uno es nadie en otra parte. Además, deja los amigos y profesores que ya tiene. No quiero volver a cambiar de país ni de colegio eso me aburre, prefiero quedarme en este. Si tengo que empezar que sea en Venezuela”.

Ahora bien, para un estudiante migrante puede resultar traumática la adaptación a otros contextos educativos, debido al cambio de modelos y estilos de enseñanza. A muchos estudiantes les sucede lo mismo que narra la joven. Aquí es frecuente la llegada y partida de estudiantes que están por unos cuantos meses, y luego se van a continuar sus estudios en otros colegios del municipio, pueblos vecinos o departamentos. De la mayoría de estos estudiantes no se vuelven a tener noticias sobre si alcanzan a terminar sus estudios o no, y menos aún cómo afecta la constante migración su proceso educativo.

Los profesores manifiestan preocupación por el ingreso de estudiantes con un bajo nivel académico para el grado que cursan, por lo que pasan apuros tratando de nivelarlos con el resto del grupo. Si, por el contrario, ellos vienen más adelantados, la queja es del alumno porque le toca disminuir su ritmo. En últimas profesores y estudiantes entran en



tensión y los procesos se afectan. El currículo no está ajustado para afrontar la llegada estudiantil de diversos contextos. Son estos los que tienen que ajustarse a currículo de la institución y no el currículo ajustado para el estudiante. La problemática más común tiene que ver con los procesos de lectura y escritura que traen los alumnos.

La lectura en voz alta ha servido en este caso para mejorar la fluidez y la comprensión lectora en los alumnos que llegan con bajo nivel y eso implica avanzar en su aprendizaje. Pero “no es solo dejar que los alumnos lean, sino hacer que la lectura como experiencia sea posible” (Larrosa, 2006, p. 100). Paso a paso los chicos comienzan a entender que leer tiene beneficios, como dicen ellos “no es tan maluco cuando hay orientación, así dan ganas de leer en los ratos libres”.

Las familias cambian de residencia con regularidad por la falta de oportunidades lo que implica la salida de alumnos del colegio. A ellos les corresponde afrontar la disparidad curricular, o para el caso de Rosa, el cambio de contenidos de un país a otro.

Es natural analizar el fenómeno migratorio desde el punto de vista económico o de la guerra, pero no desde la migración estudiantil, de sus experiencias significativas o traumáticas, de cómo interfiere en su proceso educativo el cambio de currículo y de colegio.

La historia de Rosa es un reflejo de lo que pasa con los “otros” esos seres que están de paso. Es intentar dar una voz y un lugar, como dicen Bolívar y Domingo (2006) “a las voces tradicionalmente silenciadas y a los protagonistas del día a día” (p.6). He conocido



relatos de alumnos que han pasado por la institución y han tomado la determinación de no volver a sentarse en un pupitre porque los constantes cambios de escuela han hecho perder el interés por aprender, dando prioridad al trabajo y de paso ganarse unos pesos.

La situación de la migración es compleja y más teniendo en cuenta que el Suroeste Antioqueño es una zona de migración, por lo que el flujo de familias que se movilizan de un lugar a otro en busca de oportunidades es constante. Lo anterior ocasiona deserción escolar, sobre todo en la población adolescente al momento de llegar la cosecha del café. Entre los meses de agosto y noviembre muchos jóvenes abandonan sus estudios para dedicarse a la recolección del grano.

Las abundantes cosechas y el precio que se paga por cada kilo recolectado se convierten en un atractivo y lucrativo negocio para los chicos, ya que con esa plata pueden comprar la motocicleta o el celular de moda, así no quede para nada más pues lo importante es el lujo y no estar “atrás” del resto. En otros casos la deserción también se da por la necesidad.

Esto se refleja en la institución donde los alumnos hombres empiezan a migrar del colegio para irse a laborar en las fincas cafeteras y en los empleos que ofrecen las empresas del municipio en época de cosecha.



Acabo de llegar a la oficina de la rectora. La encuentro ocupada hablando con un alumno. Al verme detiene la conversación, me invita a entrar y me indica que espere un momento para atenderme. Retoma la charla con el joven.

—Bueno muchacho las quejas de los profesores sobre usted son reiteradas. Hemos agotado los recursos y lo único que nos queda es suspenderlo, pero no lo quiero hacer. Cuénteme ¿qué es lo que pasa?

El muchacho sin bajar la mirada del rostro de la rectora comenta:

—El problema es que yo no hago tareas.

— ¿Por qué no las hace?

—Porque después de salir del colegio me voy a trabajar.

— ¿Usted trabaja?

—Sí

— ¿Pero usted es menor de edad?

—Sí, pero necesito ganar plata y estudiando no la consigo. El estudio así no me sirve.

— ¿¡Qué!?! Cómo que el estudio no sirve, si a través de él puede hacer una carrera, vivir mejor y no trabajar tan duro. Ahora no lo ves, pero más adelante comprenderás lo útil que es.



El estudiante hace una pausa mira hacia el suelo y lanza una pregunta a la rectora.

—Me puede decir ¿para qué le sirvió a usted el estudio?

— ¿Cómo que para qué? Gracias al estudio he llegado hasta donde he llegado y me siento realizada. Si no fuera por él no estaría aquí.

El joven sonríe socarronamente y hace una pregunta tan inquietante como sorprendente.

— ¿Cuánto se gana usted?

—Vea jovencito yo no gano mucho, pero me da para vivir.

— ¿Por qué me hace esa pregunta?

El muchacho se levanta de su puesto y saca del bolsillo un fajo de billetes de 50.000. Los pone en el escritorio y pide a la rectora que los cuente. Ella no lo hace. Solo atina decir:

— ¿Usted qué hace o en que está metido?

—En nada malo. No piense que estoy metido en vueltas raras; nada de eso.

— ¿Y entonces?

—Trabajo cargando y descargando camiones, por eso no hago tareas. ¿Sabe cuánto me gano en la semana? 450.000 pesos, en el mes son 1.800.000.

La rectora interrumpe. — ¡Pero usted no puede trabajar!, es menor de edad y la ley lo prohíbe, si lo denunció lo joden porque está en edad de estar en el colegio.



El joven angustiado pide a la rectora que no lo haga, y le empieza a contar su historia.

—Vea, papá se fue de la casa y nos dejó. Yo tengo dos hermanos pequeños, Lo que gana mi mamá no le alcanza para todo, solo para el mercado, así que a mí me toca salir a trabajar para ayudar con el sustento familiar. Tengo varios patrones que me colaboran y, como me va bien, pago el arriendo y los servicios. Si usted me denuncia nos va a ir muy mal. Piénselo, y no vaya a cometer un error conmigo. ¿Usted sabe que es aguantar hambre o que le corten los servicios? Por favor no diga nada, de todos modos, me voy a salir del colegio o ¿si me van a ayudar con los gastos...?

La rectora le contesta que ni ella ni el colegio pueden hacer eso y le pide el favor de estudiar juicioso. Que ganar plata es bueno, pero que piense en los beneficios del estudio para él y su familia más adelante.

El joven no acepta argumentos y alega que al estudiar se pierde plata.

—Mañana viene con su acudiente para tomar decisiones y váyase para clase—le dice la rectora. El joven se va enojado y sin despedirse. La rectora me mira fijamente y comenta:

— ¿Si ve profe? Al muchacho le va bien trabajando, tiene necesidad y no quiere estudiar. Aquí es donde el discurso educativo pierde fuerza y mis razones para convencerlo de que estudiar es lo mejor no funcionan. Salgo de allí pensando en lo que acabo de escuchar. Una semana después me doy cuenta que el chico migró.



CAPÍTULO IV. Incertidumbre

¿Usted trajo alguna actividad? Pregunta la profesora al ver las fotocopias que traigo en mis manos. Sí, respondo. Entonces repártalas para que lean. Luego de hacerlo les explico que vamos hacer una lectura en voz alta para comentarla a la llegada de un punto o párrafo. Leo “cada fragmento como si fuera un actor en el escenario, marcando los silencios, esperando sus risas, una onomatopeya o unas carcajadas” (Cassany, 2007, p. 23). En el momento del clímax de la historia hago un paréntesis para preguntar qué suponen ellos qué va a pasar y al unísono vociferan: “¡No profe, no pare!” ¿Por qué? “Porque queremos saber qué va a pasar” responden impacientes.

Ellos no lo notan, pero lo hago con la intención de engancharlos en la historia, al terminar se ven alegres y cuando llega el momento de valorar la lectura expresan que estuvo buena y que desean leer otra. ¡No! dice la profesora. “Mañana les lee de nuevo, pues tengo que avanzar con mi trabajo” y continúan con la rutina del copiado y la resolución de talleres.

Por otro lado, es preocupante la situación por la que atraviesa el colegio, están sobrando profesores ya que se está reduciendo el número de estudiantes que ha estudiado en la institución y que ahora no llegan. De hecho, algunos educadores se están viendo en la obligación de salir a visitar los barrios del pueblo en busca de niños y jóvenes que no asisten al colegio, para persuadirlos de que vayan, se eduquen y aprendan. Esto lo hacen para no correr el riesgo de perder el empleo. La tensión es alta entre los docentes; pronto llegará, según el coordinador, el informe de la gobernación que traerá la noticia sobre



quienes sobran; tendrán que emigrar hacia otros lugares con la incertidumbre de no saber el lugar de destino o si se quedan sin trabajo.

Esto afecta mi proceso con el grupo; hay días en que pierdo la ida y no puedo estar en el aula de clase desarrollando las actividades planeadas. Desde el día anterior la coordinación entrega el horario de clases que muchas veces cambia al momento de iniciar la jornada. Docentes y estudiantes quedan confundidos. Los profesores en espera de saber qué grupo entra a su salón y los estudiantes de saber qué clase les toca, pues en este colegio los alumnos son los que se desplazan a los salones para recibir sus clases y no los docentes.

Ese tipo de confusión también me pasa a mí, cuando al llegar a las puertas del salón la cooperadora dice: “Qué pena, pero la clase con su grupo ya pasó, fue a la primera hora y no a la cuarta como se estableció ayer; esto aquí está muy desorganizado, hable con el coordinador y dígame que usted viene de una vereda y no le queda fácil conocer esos cambios tan repentinos, que por favor, si es posible no cambiar el horario de lenguaje con el grado séptimo para que no se vea perjudicado”.

Entonces me desplazo a la oficina y pregunto si pronto habrá un horario definido. “No sabemos, esto se presenta debido a la merma de estudiantes. Cuando un profesor no puede asistir a clase hay que reacomodar las horas y ajustar nuevamente el horario”, dice el coordinador. La respuesta es suficiente, no pregunto más y me despido.

Por tal motivo se pierde clase y los alumnos gritan jubilosos por las dos o tres horas que dejan de estudiar casi a diario, “irremediablemente, para la inmensa mayoría de los



alumnos, nunca más habrá más fiesta en la escuela...porque precisamente la fiesta se produce cuando no hay escuela” (Meirieu, 2007, p.37). Para muchos existe más preocupación por las horas que tienen de clase que por el tiempo libre. Presto atención cómo se paran frente al cronograma y lo primero que hacen es observar las horas sin clase. “¡Ayy, juemadre”, vociferan, “tenemos varias horas libres!” Se ponen tan contentos como al niño que se le da un juguete nuevo; hasta se abrazan.

Contrario sucede si el horario está completo, el desgano es evidente y reniegan por las seis horas que pasarán en clase. Así que la curiosidad me lleva a preguntar por qué se aburren tanto en el colegio. Sus respuestas no tardan y argumentan: “¡Qué pereza estudiar profe!”

A mi llegada a clase lo primero que preguntan los chicos del grupo es “¿qué vamos a leer hoy?” Pero la cooperadora interrumpe mi respuesta, “hoy no se puede iniciar con lectura, estoy atrasada con las notas y necesito avanzar con el tema, si queda tiempo leen y hacen el trabajo de comprensión de lectura antes de terminar la clase”. Todos me miran y leo en sus ojos que esperan solicite un espacio para hacerlo, saben que “leer en voz alta es también una negociación. El lector oralizador se adapta a la audiencia, busca su implicación, su complicidad, su participación” (Cassany, 2007, p.27). Sin embargo, no lo hago; sé del choque que puedo generar entre el gusto del estudiantado por escuchar y dar cuenta de lo leído y la necesidad de la profesora por cumplir con las obligaciones académicas.



Para mí no es fácil afrontar este momento. Quiero aprovecharlo para atraerlos a la lectura por el interés que vienen mostrando. Si la idea es llevar a los chicos a que lean, esta es la ocasión para hacerlo; además no se lee por leer, también busco que haya aportes y reflexiones. Es un espacio para aprender y hacer más amena la lección, pero sé que “no hay quien pare a un profesor cuando se empeña en hacer una cosa. Van y lo hacen” (Salinger, 2009, p.21).

Para captar la atención del grupo la cooperadora pone una película. No va mucho tiempo y los chicos muestran desinterés a través de bostezos, diferentes posturas en la silla y murmullos.

Cerca del fin de la clase la cooperadora suspende las actividades y me dice que lea con ellos.

—Profe ¿qué vamos a leer? — pregunta Ana.

— Un texto bien interesante — respondo.

Se enciende la expectativa y es aquí donde “la lectura en voz alta constituye el mejor estímulo para fomentar el gusto por la lectura en cualquier lugar del mundo donde se realice: el hogar o el aula” (Trelease, 2012, p.41). Al terminar las actividades, Luisa y Mariana me abordan para decirme que están leyendo en sus casas.

—Profe, —dice Mariana—. Empecé a leer “*Narraciones extraordinarias*” de Allan Poe y estoy encarretada con ellas.



—Y yo “*Las chicas de alambre*” de Jordi Sierra i Fabra—, comenta Luisa. También me está gustando. ¿Lo ha leído profesor?

—No, ¿de qué trata?

Y emocionada me cuentan el argumento de las historias y dice que al terminar buscará otros libros. Me siento bien porque a partir de la lectura en voz alta se está generando en algunos el deseo de leer.

Cierto día la profesora me pide el favor de escribir en el tablero la tarea y los ejemplos para que los estudiantes los copien en sus cuadernos. Hay bastante para escribir y pronto da la orden de borrar. ¡No! gritan los alumnos. Entonces no lo hago. “Eso es pa’ que aprendan a copiar rápido, ¡bórreles ya!”, me ordena la cooperadora. Sus rostros suplican que aguante un poco más, intento dar una espera. La profesora se molesta y con voz imperiosa me dice: “¡Bórreles eso ya, el que se quedó se quedó y listo!”

No tengo otra opción, a muchos les falta frases por escribir. Si desacato entro en discordia con ella y no me conviene. Alguien la solicita afuera y aprovecho para mirar dónde están atrasados. Entonces vuelvo a repetir.

En esas ella entra. “¿Qué pasó aquí?” Le cuento y su respuesta me confunde. “No repita para que aprendan a poner cuidado, es que son muy lentos y distraídos, no se ponga en esas que el que se quedó se quedó y eso se ve reflejado en la nota. Santos Guerra (2003) señala que “los alumnos renuncian, con mucha frecuencia, al derecho que la ley les confiere de hacer reclamaciones sobre la calificación obtenida, ya que consideran que pueden salir



malparados” (p.76). Los alumnos manifiestan que no vienen al colegio a calentar puesto y menos a perder el año. Y se angustian por rebaja de la nota. No vale suplicar cinco minutos de más para acabar de escribir porque la respuesta de la titular es negativa.

Decido entonces hacer un recorrido por entre las filas. Observo que un estudiante tiene su mirada perdida hacia un punto indefinido y ni siquiera advierte mi presencia. ¿Le faltó mucho por terminar? Pregunto. “No alcancé a copiar todo. Esa es una de las cosas que me aburre de este colegio”.

Cuando los estudiantes se van, la profesora coge la lista y la examina: “No sé qué voy a hacer, se está acabando el periodo y muchos lo están perdiendo. Se queda callada por un momento y, de repente, en una exaltación súbita, rumea la amargura de su desespero e inicia un soliloquio de disgusto con la situación. “¡Pobrecito usted que le va a tocar enfrentarse a una generación tan difícil como ésta! ¡Hoy en día los muchachos no quieren hacer nada! ¡Ah!, Les voy a bajar de internet un taller de gramática y que lo pasen al cuaderno, lo resuelvan y con eso les califico; yo no me voy a complicar”.

Al examinar la lista me dice: “¿Sabe que tres estudiantes del grupo van a salir? No, no lo sabía, respondo. “Me han dicho que se van, el uno del pueblo y los otros van a cambiar de colegio”, dice. Toma su lápiz y pone una señal en los nombres. “Se están yendo tantos estudiantes que ya los directivos han convocado una reunión para informar qué profesores están sobrando”.



Varios profesores dicen que se está presentando un fenómeno que en tantos años no se ha visto con tal magnitud. Muchos estudiantes están migrando y a esto se suma que la convivencia en el colegio también afecta. Según ellos hacen falta más compromiso y autoridad de los directivos para ejercer un control disciplinario y académico más fuerte. Se sienten solos en la tarea educativa y luego son culpados porque el rendimiento no es el mejor. Por tal motivo enfrentan la incertidumbre de no saber qué va a pasar con sus trabajos.

En uno de los pasillos me encuentro con un docente. Lo veo cabizbajo y su saludo, al igual que su rostro, no muestra la misma apariencia de antes. Su voz denota tristeza porque ha llegado la orden de ser reubicado en un lugar del que poco sabe. Me cuenta algo de los problemas entre pares y alumnos y las tensiones que se viven en el colegio.

A veces los discursos académicos presentan la escuela como el lugar donde profesores y alumnos disfrutan al máximo de la enseñanza y el aprendizaje. Algunas teorías proponen técnicas y estrategias para mejorar la enseñanza y las relaciones pedagógicas. Pero “en el aula circulan el amor, el odio, las disputas por el poder y el dominio, el protagonismo y el silencio, el respeto y la violencia, sea física o simbólica” (Lineamientos curriculares Lengua Castellana, p. 35). Hablan de lo significativo de ser maestro, de la gran labor que se ejerce y al colegio como el segundo hogar para formarse como persona.

Los discursos en torno al oficio del maestro estimulan el pensamiento, son floridos, maravillosos y capaces de elevar el espíritu. Aunque la profesión no goza de buen prestigio uno desea con vehemencia estar enseñando y educando. No obstante, la realidad es otra en



el colegio. La carrera prepara para tener en cuenta los requerimientos educativos y la planificación de los trabajos y el aprendizaje significativo, mas no para afrontar las vicisitudes que encaran los docentes.

Parado en la oficina de la coordinación observo el desfile de acudientes para notificarles las sanciones a sus hijos por problemas de convivencia o por el bajo rendimiento académico. Esto hace que los directivos estén tomando medidas para mejorar la situación. Se han demorado mucho, dicen los profesores confusos con la problemática y vuelven a repetir la frase: “A usted le va a tocar muy duro profe, la nueva generación está bien difícil y uno se desgasta queriendo hacer mucho, pero se logra muy poco”.

El consumo de alucinógenos, los problemas de convivencia y el bajo rendimiento académico de una buena parte del estudiantado hace parte de la realidad antagónica de la institución. En mi mente retumban las palabras de la cooperadora al hablar de la educación. “El discurso educativo muestra desde afuera todo fácil y colorido; estando aquí hay que quitarle los colores. Me duele ver lo que pasa con los jóvenes, si la corrección no funciona hay que apelar a la expulsión así sea temporal” En estos casos “el fin justifica los medios”, aunque el medio, pienso, parece ser más efectivo que el fin.

En medio de la realidad que estoy conociendo sigo avanzando con mi práctica.

—Profe, ¿falta mucho para terminar la clase? 1 8 0 3

— Cinco minutos.

— ¿Todo eso?, ¡No, qué día tan largo, cuando será que nos vamos!



— Ay sí—, contesta el resto.

Finalizada la clase una alumna se recuesta en su asiento y refleja malestar. La tarea que debe presentar está incompleta y con las huellas de haber utilizado el corrector varias veces. “¿Qué pasó aquí? Esto no se puede presentar así, yo no recibo un trabajo tan mal organizado, no estoy tratando con muchachos de primaria sino de secundaria”, dice la cooperadora al revisar un trabajo que hacía ocho días estaba esperando que la joven le entregara. “Me equivoqué profe, anoche me acosté muy tarde por eso me quedó así”, dice la chica. “Me estás diciendo mentiras ¿acaso soy boba? Usted la estuvo haciendo aquí”. La estudiante deja el cuaderno en el escritorio y sale del salón sin decir nada. La profesora le coloca la fecha y el revisado con un bolígrafo de tinta roja que sin duda es el color más visible y el “arma” más poderosa de un docente.

¿Nota que los muchachos están dando más dificultad?, indica la profesora mirándome a los ojos. Sí, ¿por qué será? Respondo. “No sé. A estas alturas quedan los que son, ya muchos de esos canchales se retiraron, pero no quieren hacer nada. ¿Sabe? No me volví a complicar, bajo las tareas de internet y no necesito planear por qué ahí está todo. Los talleres los busco y los acomodo. No me voy a desgastar. Y eso que no pongo trabajos para la casa. Hasta me tocó cambiar la manera de evaluar, si sigo como lo venía haciendo casi todos pierden”.

Ella está desanimada con todo lo que pasa. También dice que los profesores se sienten solos por el poco respaldo de los directivos. Cuando los estudiantes tienen bajos resultados los culpan a ellos. “Usted mismo puede ver que a estos salones no se asoma



ningún directivo para saludar a los estudiantes y que ellos vean la presencia de la autoridad. No salen de la oficina parece que fueran ajenos a lo que pasa. ¡No sé qué voy a hacer! Llevo 28 años en este colegio y no había visto esto. A mí me duele porque me hice aquí y tengo miedo de ver el derrumbe del colegio, ¡Ay no, yo no quiero ver eso!”.

—Profe, interrumpo—. Según usted ¿por qué los directivos no están haciendo nada por buscar alternativas?

—Cuando uno se mete a trabajar por ganarse la plata lo demás no duele—responde. — Si todos trabajáramos unidos la situación mejoraría, pero ellos allá y nosotros acá nos queda muy duro. En las reuniones exponemos la situación y las cosas siguen igual. Es como hablarle a esa pared y los que perdemos, como siempre, somos los profesores.

Saca unos papeles del escritorio, se pone las gafas, los revisa y me dice: “Ayúdeme a escoger un taller para evaluar el tema que les estoy dando. ¡Ah!, y me busca en internet otro taller con respuestas de selección múltiple. Hago la tarea, le presento varias opciones y ella los descarta. “Uno que sea más fácil, mejor dicho; como para quinto o sexto, uno de esos con seguridad lo pierden. ¡Qué pesar decirlo! Me da lástima pensar de mis estudiantes así, pero eso es lo que muestran: desinterés frente al estudio, al aprendizaje y al conocimiento. Esos celulares acabaron con ellos?”.

“¡Estoy tan aburrida! Y aprovechando mi amistad con el alcalde voy a pedir traslado de colegio, ojalá me dieran una escuelita en el campo, tal vez sería mejor y allá termino lo



que me falta. Dicen mis colegas que trabajan en la zona rural que el campo es mejor, los niños son más sumisos, responsables y queridos, los del pueblo son más complicados.

— ¡Ah! Le cuento algo: —Dos profesores se tienen que ir.

— ¿Y eso? — pregunto con curiosidad

— El hermano del alcalde llegó a trabajar aquí, no sé si usted lo conoce. Al llegar el hermano a la alcaldía lo mandó para acá.

— ¿Es licenciado o normalista?

—No, él no tiene estudios de pedagogía, es técnico de sistemas. Por rosca lo metieron y por eso sobran dos; claro que ya uno de ellos está jubilado y no aceptó irse para una vereda. Aquí manda la política. Canjearon la plaza con el profesor y el hermano del alcalde se quedó en este colegio.

—Y ¿eso sí se puede hacer?

— ¡Ah! Es que el que manda manda.

—No debería de ser así, se dice que el aspirante a educador debe ser un profesional en el área o por lo menos saber de educación, le manifiesto.

Y ella replica: —eso dicen las normas, pero no se cumple. A usted le toca pasar cinco años en la universidad luchando, esforzándose, trasnochando, con dificultades económicas, desánimos, sufrimientos; con el ánimo de salir adelante, ocupar una plaza, trabajar y vivir de la profesión. Se lo digo porque pasé por todo esto y gracias a Dios lo



logré. Sin embargo, hay otros que no necesitan eso, solo ser amigo o familiar del político de turno y lo ponen a enseñar.

Y luego agrega:

—Te doy un consejo. Hágase amigo de políticos para que le ayuden, de lo contrario le es más difícil conseguir trabajo. Al concurso pasa el que está de buenas, las pruebas son difíciles, hay mucha corrupción y a uno le preguntan temas que poco o nada sabe. Así que ¡póngase las pilas!

— ¿Eso de tener personas que no son educadores agrava más la situación del colegio?

—Sí, pero nosotros no podemos hacer ni decir nada; son decisiones tomadas por el alcalde. Uno se desanima al ver que a la educación todos quieren meter las manos y esa es una de las razones por la que la carrera docente está tan desvalorizada, mientras a unos nos toca competir con conocimiento y título otros solo tienen que tener una influencia política; ahí va viendo como son las cosas.

Todo es silencio, ella empieza a sacar de su escritorio varias fotocopias con contienen preguntas y pruebas de selección múltiple, lee y las compara. Conversa consigo misma sobre cuál es mejor para el taller. “La primera que hice en el grupo la mayoría perdió. Esta otra no me sirve porque es para noveno”. Continúa rebujando el montón de copias y toma otra “aunque sea para un grado inferior, imposible que no la ganen”, me dice. ¿Sabe por qué insisto en pruebas de este estilo? Porque esto es lo que más pide el colegio y



necesitamos subir el puntaje de las pruebas Saber. En la anterior no nos fue bien y eso me asusta”.

Me entrega la copia y me pide que la observe, le doy una hojeada y me parece que está bien. Entran los chicos de nuevo. Algarabías y regaños se escuchan para restablecer el orden, “muchachos tal y como quedamos hoy reviso la tarea y se las califico”.

—Profe yo no la terminé—dice Julián.

—Es que usted cuando hace tareas, nunca—, replica la profesora.

— ¡Jajaja! ríe el resto.

Uno a uno es llamado al escritorio. “Usted tampoco la hizo, ¿qué pasó? Indica la profesora. El joven sonríe mas no argumenta. Pasa lista por cada uno de los estudiantes y el desconcierto reflejado por la profesora lo dice todo.

Mire esto. El grupo se dañó mucho, ya no sé ni que hacer, si continúo aplicando este tipo de evaluaciones solo ganan la materia doce alumnos; así están casi todos los grupos, yo trato de motivarlos con películas, cuentos y videos, porque ahora los jóvenes son dizque muy visuales y aprenden más fácil, pero con éstos no funciona, nada les gusta, no se esfuerzan.

La clase acaba y emprendo el viaje a casa con incertidumbre, retos, desafíos y en todo lo visto y escuchado. Pienso en la competición acérrima y las desventajas entre la influencia del poder político y la vocación humilde por educar.Llego a casa y me recuesto



en mi habitación. Pasan por mi cabeza un montón de ideas que me hacen sentir feliz porque estoy haciendo lo que quiero, y a la vez incertidumbre por mi futuro docente. Sin embargo, sigo motivado y agradecido por la experiencia y el aprendizaje que vengo obteniendo. Me he encontrado con momentos insospechados y fortuitos que me muestran lo que es estar inmerso en el campo educativo.

El trinar de los pájaros y los tenues rayos del sol mañanero se filtran tímidamente por mi habitación anunciando la llegada de un nuevo día. Es hora de ir al colegio donde tendré más experiencias y nuevos retos. Llevo planeado el trabajo para articularlo con el tema que se está tratando con la lectura. Al momento de mi llegada encuentro alumnos sonrientes y otros aburridos por las noticias que la docente presenta sobre el rendimiento académico. Intento subirles el ánimo y motivarlos a continuar estudiando con dedicación.

Les pido el favor de ubicarse en el lugar correspondiente para dar inicio a la clase. Miguel y Ana me dicen que están leyendo cuentos de autores que hemos leído en conjunto. Por su parte, Carmen me presenta una novela cuyo título y autor desconozco y me dice que está animada con la trama de la historia.

Me siento contento porque la lectura en voz alta está dando efecto en algunos estudiantes, pasando de los cuentos a los libros. Calonge (2007, p.30) afirma que “la lectura en voz alta es una experiencia colectiva de aproximación a los libros que, realizada con regularidad y dentro de ciertas condiciones, puede generar relaciones significativas y gratificantes con la lectura y los libros”. Doy paso a la clase y pido hacer un conversatorio y dar opiniones sobre el tema. Antes de que salgan les doy la noticia de que para mañana



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

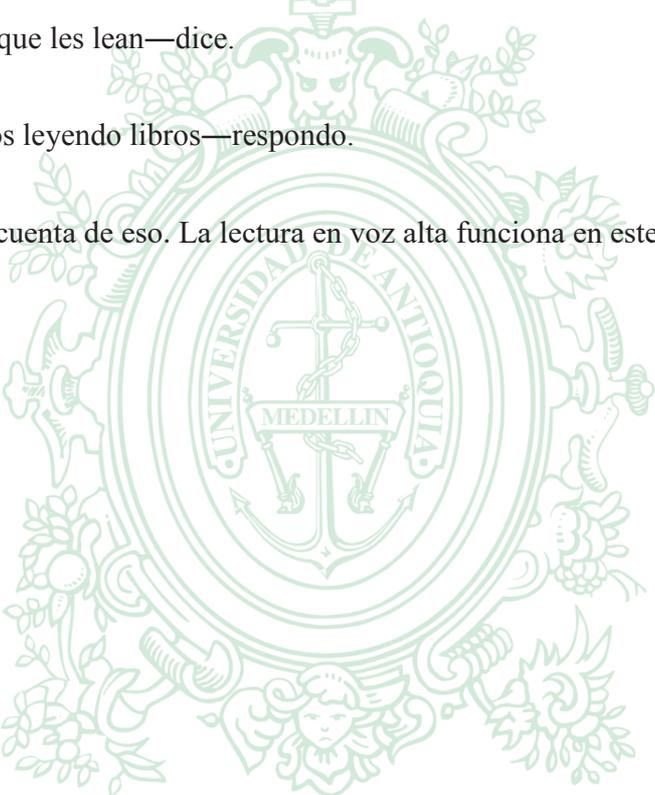
Facultad de Educación

haremos un picnic literario para conocer un nuevo autor, su forma como escribe y describe el mundo. La idea les gusta y hasta piden traer frutas y dulces para el evento. La cooperadora me pregunta cómo me sentí y le manifiesto que fue un buen día de trabajo.

—A ellos les gusta que les lean—dice.

—Sí, y ya hay varios leyendo libros—respondo.

—Me estoy dando cuenta de eso. La lectura en voz alta funciona en este grupo —Comenta.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3



CAPÍTULO V. Migrando a un nuevo espacio.

Teniendo en cuenta que buena parte del grupo muestra interés por la lectura en voz alta inicio un sondeo acerca de lo que les gusta leer: terror, aventuras e historias de viajes con algo de realismo son las preferidas. Incluso hay jóvenes que dicen estar leyendo en sus ratos libres. Con base en sus opiniones les propongo pensar en lecturas de su agrado para elaborar un plan lector, destinando un espacio en los bloques de lenguaje para la lectura y luego hacer un conversatorio literario. La idea es ir a la biblioteca de la institución, poner a los jóvenes en contacto con los libros y orientarlos en la elección de los mismos. Este será un medio para migrar a otro lugar de conocimiento, el cual es poco utilizado por los docentes.

La biblioteca es un lugar de encuentro con los libros y más dinámica que el aula por la cantidad de información y de textos que se encuentra allí. Hay mucho más para elegir pues “la lectura es el corazón de la educación. En la escuela el conocimiento de casi todos los temas fluye a partir de la lectura” (Trelease, 2012, p. 25). Así que pregunto a los alumnos con qué frecuencia los llevan allí. “¡Umm, hace mucho no vamos!, como tres años” dicen varios. Otros, como los migrantes, no la conocen. A partir del diagnóstico comunico mi intención a la cooperadora y la propuesta de usar la biblioteca llama su atención, mas no oculta su recelo por los pobres resultados que, según ella, se pueden dar.

Mi propósito es mostrar a los estudiantes que la biblioteca es un lugar para disfrutar de variadas lecturas, del silencio y la tranquilidad que este espacio inspira. Los chicos están enseñados a que las lecturas que les ponen en el aula tienen como fin evaluarlos. Eso está



bien. No estoy en contra de eso. Sé que es necesario analizar, responder preguntas y comprender lo que el texto dice, pero se pueden crear otros criterios de evaluación con base en conversatorios, exposiciones, dramatizaciones... que den cuenta de lo leído.

La profesora es consciente de la necesidad de formar sujetos lectores y se esfuerza a su manera por hacerlo. Sin embargo, las lecturas de ambientación que hago al inicio de las clases han sido restringidas. La profesora dice que si no tengo intención de sacar notas “¿para qué eso así? Leer por leer no va conmigo, estamos perdiendo tiempo”. Los textos que traigo son cortos, no ocupan más de cinco u ocho minutos y a veces los estudiantes hacen comentarios o relacionan otras historias con el tema. No obstante, me veo en la obligación suspender esta actividad.

Así pues, pienso que la biblioteca es un recurso para que los chicos migren a la lectura y de paso contribuya en su desarrollo lector. En la institución está restringido, por orden de los directivos, solicitar la compra de libros porque la mayor parte de la población es de escasos recursos económicos. Y no solo eso, también se limita el cobro de copias para leer, estas salen por cuenta del colegio o del profesor y es un costo difícil de asumir.

A pesar de este panorama, la biblioteca no se emplea regularmente y los libros tampoco se llevan al salón para ponerlos al alcance de los alumnos. Me he puesto de acuerdo con la profesora titular para ir los viernes a las dos últimas horas de la jornada académica, donde el cronograma destina los bloques para el área de lenguaje. Pero ese anhelado espacio no se ha podido conseguir. Los viernes se han estado haciendo los llamados horarios de emergencia al comienzo de la jornada. Los coordinadores invierten el



itinerario y el bloque de lenguaje pasa de las dos últimas horas a las dos primeras de la mañana (6:00 a.m.). Por tanto, la ida a la biblioteca se detiene porque la encargada de esta comienza trabajo a las ocho, hora en que finaliza el bloque.

Ante la compleja situación la cooperadora me acompaña a la biblioteca para separar los libros, llevarlos al salón e iniciar el trabajo. En este caso los estudiantes no migraron a la lectura, más bien, la lectura tuvo que migrar hacia ellos. Logramos conseguir una variedad de cuentos y novelas. Mi objetivo es exponerlos por secciones y permitir que ellos elijan el que se acerque a sus preferencias, mas esta idea se ve frustrada. La profesora no lo acepta. Argumenta que ella es la encargada de asignarlos y que cada quien tiene que leer el libro que le toque, “porque aquí la obligación es leer así no les guste, si dejamos que escojan se quedan ahí mirando y yo no tengo tiempo, necesito avanzar. El que le tocó le tocó y de malas si no le gusta”.

No he empezado la actividad y avizoro el fracaso. Eso es lo que no quiero; que se sientan forzados a leer lo que no les gusta. Damos apertura a la entrega de los libros y como preveía algunos estudiantes solicitaron el cambio. “Ese es el que tienen que leer porque no hay más. Si no les gusta no los lean y ya saben cuál es su nota”, dice la profesora. Los jóvenes miran con desgano, regresan a su puesto y abren el libro sin entusiasmo.

No quiero que la distribución se haga así. Me siento impedido, agredido y con ganas de decirle a la profesora que por favor respete mi intención de hacerlo como lo tengo planeado. Al fin de cuentas, la idea de llevar los libros al salón ha sido mía. Pero me trago las palabras que bajan por mi garganta como púas porque sé que entro en discusión y eso



no es conveniente. Si bien todas las lecturas no se pueden negociar con los estudiantes, sí pienso que en lo que atañe hacia fines literarios se puede ser más flexible. Y más para incitar a la lectura.

Leer por obligación no funciona si la pretensión es formar lectores. Ninguna persona nace propensa para ser lector, eso es algo que se contagia. Sabater (1996) indica: “Fomentar la lectura y la escritura es una tarea de la educación humanista que resulta más fácil de elogiar que de llevar eficazmente a la práctica” (p.141). Sí, creo que todos los profesores lo sabemos. Pero ser flexibles y buscar alternativas es lo difícil de asumir y ahí estamos fallando.

No obstante, me siento mal con el grupo. Desde el inicio de la práctica les hablé de la posibilidad de elegir sus gustos lectores y al momento de traer los libros no lo puede hacer. Con sus miradas me preguntan ¿qué pasó? ¿Dónde queda lo que he dicho? Mas, me abstengo de realizar comentarios. Cada uno va pasando por el libro que le corresponde, toman asiento y lo ojean con desgano.

Entonces realizo un sondeo para conocer las apreciaciones de cada uno sobre la lectura que le ha tocado. La mayoría se queja, y mucho más porque hay libros con más páginas que otros. Los comentarios no se hacen esperar “ea profe, fuera de que este libro es bien maluco; también es grande”. La profesora les dice que ese fue el que les tocó y agrega: “A ustedes no se les puede pedir que compren libros, entonces trabajen con lo que se les dé aquí”. Luego remata con esta frase. “Aquí está prohibido pedir plata para libros y copias dizque porque son muy pobres; lo más raro es que ustedes cada rato aparecen con celulares



de última generación; yo, la verdad, no entiendo eso”. Surgen risas por todos los rincones del salón.

Los chicos empiezan a leer. No con la atención debida, solo basta observar sus posturas y comentarios para darme cuenta del tedio que sienten. Lo que pensaba que iba a ser una actividad diferente para ellos no se dio. Borges (1980) afirma: “Si un relato no los lleva al deseo de saber qué ocurrió después [...] Déjenlo de lado, que la literatura es bastante rica para ofrecerles un autor digno de su atención, o indigno hoy de su atención y que leerán mañana” (p.38). A pesar de esto aún guardo la esperanza de llevar a los chicos a la biblioteca y dejarlos elegir.

Decido entonces volver a la biblioteca para mirar más libros. De paso averiguo qué planes de lectura tienen. “Aquí no tenemos programas de lectura”, dice la bibliotecaria. Y culpa a los profesores del colegio, en especial los de lenguaje, por no tener proyectos para emplearla e indica que la tarea de ella es estar pendiente del lugar y de su funcionamiento. Petit (2003) indica: “Al igual que los profesores, los bibliotecarios subestiman el hecho de que ellos contribuyen, a veces de manera decisiva, a cambiar el destino de aquellos o aquellas a quienes acogen”(p.165). Por su parte, la cooperadora y los profesores del área en mención señalan que la encargada del lugar no tiene propuestas de lectura, de modo que los estudiantes puedan ir y hacer un trabajo bajo su orientación. Todos se culpan entre sí. Mientras no haya un acuerdo entre profesores, bibliotecaria e institución las cosas seguirán igual.



Después de varios días por fin logro conseguir el espacio en la biblioteca. Entro al aula y les informo a los estudiantes que nos vamos a desplazar para allá.

—Los quiero ver concentrados— dice la profesora

—Profe, ¿tenemos que hacer algo con la lectura?—pregunta Julián.

—Claro, cada uno va hacer un trabajo escrito que dé cuenta de lo leído, para realizar un conversatorio. No se distraigan, el que no lea se le pone el uno. Aprovechen el tiempo porque la mayoría está perdiendo la materia—dice la cooperadora.

Salgo del salón en medio del júbilo de los chicos. Miguel se va a mi lado y le pregunto cuánto hace que no va a la biblioteca.

—Hace mucho profe. No sé por qué no nos llevan.

— ¿Te gusta ir?

—Claro profe, se cambia de ambiente. Ojalá podamos elegir los libros esta vez.

Al llegar, todos están sentados en espera de lo que se va a hacer. —Pueden escoger el libro que les guste, les digo. ¡Síííí! Gritan varios. Y empiezan a buscar uno que llame su atención.

Mariana se me acerca y pregunta: 1 8 0 3

—Profe, usted que ha leído más recomiéndeme un buen libro, que sea tan entretenido y llamativo que yo no quiera parar de leer.



— ¿Qué tema te llama la atención? Por lo general uno lee con más interés lo que le gusta.

—No sé. Algún autor que no hayamos leído en el salón.

—Bueno, ensaye con “*Las aventuras de Sherlock Holmes*”, de Arthur Conan Doyle. Son cuentos, te pueden gustar.

— Voy a ver qué tal.

Pasados diez minutos regresa y me dice que ese no le ha gustado, que le recomiende otro.

Vamos a intentar con Edgar Allan Poe “*Narraciones extraordinarias*” tal vez te guste. Por suerte lo hallamos y Claudia se sienta a ojearlo. Luego vienen Jaime y Paola haciendo la misma pregunta y con la ayuda de la bibliotecaria buscamos algunos libros porque al estar allí no sabían qué elegir. Mientras tanto, observo el comportamiento lector de los estudiantes. Unos leen atentos, otros, en cambio, tienen hasta tres libros y los miran con atención.

Sé que a muchos les falta definirse por un autor o algún tema específico que toque con sus vivencias, que son los que más gustan. Espero que con el paso de los días se acerquen más a la literatura y “que les dé la opción de darle forma a su experiencia y descubrirse y, algunas veces, poder reparar alguna cosa rota en su interior al relacionar la lectura con su propia historia o con la de otros” (Petit, 2003, p. 157). Por eso indagan qué leer, pues confían en que el profesor acertará con precisión sus gustos lectores.



Al ver el ánimo de los chicos, la profesora y la bibliotecaria debaten cómo emplear más este sitio para traer a los estudiantes con frecuencia,

— ¿Qué propone usted? Pregunta la profesora a la bibliotecaria.

—Iniciar con tertulias literarias.

—Esa idea esta buena, replica la profesora.

En ese momento suena el timbre. Los chicos dejan los libros sobre las mesas porque regresan después del descanso. Entonces inicio una conversación con la bibliotecaria sobre su percepción frente a lo que pasa con la lectura en la institución.

—Haber— responde. —La mayoría de los profesores de bachillerato de este colegio son tradicionalistas y prefieren dar la clase en los salones. La biblioteca la utilizan más los profes de primaria. Aquí hay buen material, sin embargo, no tienen planes de lectura que involucren este espacio. Cuando los estudiantes vienen aquí yo les recomiendo libros. Claro que en lecturas juveniles no tengo buena competencia. Me encanta leer, ese es mi hobby, pero uno lee lo que le gusta. Considero que sé sobre García Márquez e Isabel Allende”.

— ¿Llevas mucho trabajando aquí? —le pregunto.

— Vea le cuento, aquí llevo tres años y no estudié para ser bibliotecaria; yo soy enfermera.

— ¿Cómo llegó a trabajar aquí?

—Un político me dio su apoyo para ingresar. Claro que he tenido capacitaciones y eso me ha ayudado a saber cómo funciona esto. Sería bueno que usted como practicante proponga



a la profesora y a al grupo el empleo de este lugar, para que los chicos se acerquen a la lectura, porque es bien difícil hacer que estos lean.

Entran los estudiantes y la cooperadora. Unos minutos después se da paso a la presentación de escritos hechos por chicos sobre la lectura elegida. La escritura muestra los avances que han logrado, leen los textos con fluidez y hacen uso de los signos de puntuación. “La lectura en voz alta puede convertirse también en una experiencia significativa para el desarrollo del lenguaje oral y del lenguaje escrito” (Calonge, 2007, p. 32). El esfuerzo está dando frutos en el proceso lector y escritor. Es importante señalar que esta fue la primera y última vez que visité con los estudiantes la biblioteca, pues no hubo forma de volver.

El aprendizaje colectivo ha llevado a reflexionar a los estudiantes sobre la importancia de leer bien y a conciencia para poder entender lo que el texto les dice. Algunos chicos llegan a clase con lecturas elegidas por ellos mismos y solicitan el espacio para exponerlas al grupo. Es gratificante y motivador. Por eso los invito a continuar explorando la lectura.

Una de las actividades planteadas para leer consiste en cambiar el tono de la voz de acuerdo las emociones expresadas por los personajes de un cuento. Se da inicio y uno a uno va leyendo la parte correspondiente. Surgen risas, algarabías y comentarios. Los chicos dicen que los textos leídos de esta manera son divertidos y tienen un mayor sentido. Al finalizar doy unas pautas para escribir un texto a partir de lo leído y determino un tiempo para poder socializar.



Cada uno expone su trabajo. En sus desenlaces hay toda clase de finales: vivencias, recuerdos, ficción y humor. “La lectura en voz alta permite que los alumnos desarrollen la imaginación, es decir, que elaboren sus propias imágenes mientras escuchan” (Beuchat 2013, p.21). La docente dice que los muchachos, aunque son inquietos y bullosos, participan y responden a mi trabajo. Igualmente plantea que en sus clases va a poner en práctica la lectura en voz alta.

Hoy es un día diferente. Es mi última clase. Llego al salón con la lectura para entregar a los estudiantes. La clase transcurre sin inconvenientes. Faltan diez minutos para terminar y empiezo a afinar mi discurso de despedida.

—Muchachos, hasta hoy los acompañe en las clases de lenguaje. Gracias a Dios he logrado sacar adelante este proceso con ustedes y, la verdad, ha sido muy significativo. Tengo para decir que más que enseñar fui yo quien aprendí. Me llevo muchos aprendizajes y recuerdos de ustedes, y sigo con la responsabilidad de prepararme para ser un profesor competente. Esta institución ha sido la mejor escuela.

Los chicos se quedan atentos a cada una de mis palabras. Dan la impresión de no creer lo que les digo. Luisa, una de las estudiantes que más mostró su gusto por leer me dice:

—Profe, no sabíamos que usted se fuera a ir tan ligero y me siento triste porque en sus clases aprendí muchas cosas. A nombre personal y del grupo le doy las gracias por todo lo



que nos enseñó y le pido disculpas ya que nosotros, en la parte disciplinaria, no nos comportamos como debería de ser. Para mí usted no es un practicante, sino un profesor.

Siento un nudo en la garganta al escuchar sus palabras y guardo silencio por unos segundos. Cuando llegué la primera vez pensé que esto no se daría y que mis expectativas quedarían sepultadas en un cementerio de buenas intenciones. Pero las cosas cambiaron. Como detalle final les comparto un dulce como símbolo de amistad y gratitud. Varios estudiantes se acercan, me dan la mano, y agradecen el tiempo que estuve con ellos. La profesora me abraza y pide un aplauso. En medio de los aplausos migro del colegio, no diciendo adiós, sino hasta luego.



CONCLUSIONES

La experiencia recogida durante este trabajo nos dejó unas enseñanzas valiosas para nuestro futuro docente. Leer con los estudiantes, dialogar y retroalimentarnos permitió que migráramos a la realidad educativa y las implicaciones positivas y negativas que tiene el oficio docente. Como profesores de lenguaje sabemos el gran reto que tenemos. La lectura y la escritura deben trascender a una práctica significativa para profesores y estudiantes. En nuestro caso decimos que quienes más aprendimos y disfrutamos de la lectura en voz alta fuimos nosotros. Al aula llegamos con la ilusión y la incertidumbre de presentar a los chicos otras opciones que posibilitara reevaluar la idea de que leer es aburrido. Y creemos que así se dio.

Así mismo, Las historias relatadas ayudaron a configurar nuestra propia historia. Esas narraciones fueron nuestras narraciones porque a través de ellas nos narramos a nosotros mismos. Mediante el lenguaje establecimos relaciones y se generó conocimiento dentro del grupo. La lectura en voz alta hizo posible el encuentro con los otros y con los textos. Si bien en el trabajo se alude más que todo a textos narrativos de ficción, ha sido porque fueron, en el principio, los que sirvieron de enganche y provocación en el grupo.

Sin embargo, también leímos poemas, noticias, biografías, entre otros con el grupo. Ya que ese fue el objetivo que nos planteamos al iniciar el trabajo. El fin era mostrar a los estudiantes que la lectura abarca diversas tipologías y temas, y que todas ellas son de gran provecho si nos acercamos con el deseo de aprender y conocer. Aprendimos que si no se hace una negociación consensuada y no tenemos en cuenta los intereses de los estudiantes



en materia lectora no dejaremos de pasar de la “leche” y seguiremos perdiendo el “alimento sólido. Es decir, los esfuerzos por formar lectores serán estériles, vacíos y no alcanzará a tener el sentido necesario para querer leer.

Por lo tanto, comprendimos que la lectura proporciona que nuestros conceptos se desarrollen con más profundidad y seamos seguros de nosotros mismos. Esto lo observamos en aquellos estudiantes que se aproximaron con una perspectiva diferente a los textos. Entonces concluimos que a ellos les gusta leer o son lectores potenciales. Pero es necesario buscar estrategias que faciliten encaminar el proceso. Después de un gran esfuerzo los estudiantes entendieron que la lectura y el lenguaje nos permiten establecer lazos comunicativos y facilitan el aprendizaje y el conocimiento mutuo. Como la migración, la lectura pone a nuestros ojos mundos nuevos y nos abren rumbos distintos. Es un viaje por el tiempo; un habitar de nuevos espacios y tiene poder de transformar nuestra realidad.

Nosotros también modificamos las perspectivas. Ser maestro de lenguaje es configurar un mundo de anhelos que son cambiantes. Tuvimos alegrías y frustraciones. Aprendimos y desaprendimos. La experiencia obtenida en la práctica se constituyó en una verdadera escuela.

Las dificultades y oportunidades de nuestra labor en el aula fueron ese lugar de llegada y de partida que ayudaron a prepararnos como profesores. Migramos con los chicos a la lectura y a la realidad educativa. Conocimos de cerca las apuestas, esperanzas y desilusiones de profesores y estudiantes y de regreso trajimos lo consignado en este relato.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación

Esperamos que esta experiencia sirva de inspiración para mostrar que la lectura en voz alta, es una estrategia tradicional y sencilla que en este trabajo ha cumplido la función de acercarnos y acercar a los chicos a los textos, y hacerlos migrantes a la lectura.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3



BIBLIOGRAFÍA

Ávila, F. (2015). *Cómo se escribe*. Bogotá: Editorial Kimpres.

Álvarez Méndez, J. (2005). *Evaluar para conocer, examinar para excluir*. Madrid: Ediciones Morata.

Badenas., R. y Posse, R. (2013). *El valor de los valores*. Florida: Asociación Publicadora Interamericana.

Bárcena., F. y Mélich, J. (2000). *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona: Paidós.

Bolívar, A., Domingo, J., y Fernández, M. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación: enfoque y metodología*. Madrid: La Muralla.

Franco, J. (2012). *Paraíso Travel*. Bogotá: Editorial Planeta, S.A.

Galeano Marín, M. (2001). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Garrido, Felipe. (1999). *El buen lector se hace, no nace. Reflexiones sobre lectura y formación de lectores*. México. Editorial: planeta/Ariel/Paidós.

Homero, (1968). *La Odisea*. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A.

Marina, José Antonio, y De la Válgoma María. (2005). *La Magia de leer*. Barcelona: Editorial Plaza y Janés.



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación

Meirieu, P. (2007). Carta a un joven profesor. Barcelona: Editorial GRAÓ, de IRIF, S.L.

MEN, (1998). Lineamientos curriculares de Lengua Castellana. Santafe de Bogotá, D.C.
Editorial Delfín Ltda.

McCourt, F. (2005). El profesor Frank McCourt. Bogotá: Editorial Norma S.A.

Petit, M. (2009). El arte de la lectura en tiempos de crisis. Barcelona: Editorial Océano.

Sabater, Fernando (1996), El valor de Educar. Madrid: Editorial Ariel, S.A.

Salinger, J.D. (1997). El guardián entre el centeno. Madrid: Alianza Editorial. S.A.

Trelease, J. (2012). Manual de la lectura en voz alta. Fundalectura, IBBY Colombia.
Bogotá, D.C.

**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3



CIBERGRAFÍA

Alertan de la llegada “silenciosa de gente de Venezuela. (2016, 23 de julio). El Tiempo.com Recuperado de <http://www.eltiempo.com/politica/gobierno/llegada-de-venezolanos-a-colombia/16651661>

Alfonso, V. (2015). La familia, la emigración, la espera. Recuperado de <http://www.revistas.usp.br/caracol/article/view/107428/105889>

López Alavez, J. (1957). Canción Mixteca. México. [Video en línea] Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=YQ1Eg5by214>

Beuchat, C., Munita, F., Riquelme, E., Chambers, A., Patte, G., Trelease, J., & Edwards, A. (2013). A viva voz. Lectura en voz alta. Recuperado de http://www.bibliotecas-cra.cl/sites/default/files/publicaciones/avivavoz_web.pdf

Bolívar, A., y Domingo, J. (2006). La investigación biográfica y narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. Recuperado de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/161/357>

Benedetti, Mario, (1982). Primavera con una esquina rota. Recuperado de <http://www.psicosocial.net/grupo-accion-comunitaria/centro-de-documentacion-gac/aprender-de-la-voz-de-los-supervivientes/443-primavera-con-una-esquina-rota/file>

Borges, J. (1980). Siete noches. Recuperado de http://biblio3.url.edu.gt/Libros/borges/Siete_noches.pdf



Carrasquilla, T. (1964). Cuentos de Tomás Carrasquilla Naranjo. Recuperado de

<https://davalor81g.files.wordpress.com/2012/08/carrasquilla-tomc3a1s-cuentos.pdf>

Cabral, F. (1992). Ni soy de aquí, ni soy de allá. Secreto. LP. Buenos Aires. [Video en línea] Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=xD3G6eM3tPI>

Cassany, D. (2007). Luces y sombras de la lectura en voz alta. Peonza.2007;(82): 21–32. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2388237>

Calonje, P. (2007). El sentido de leerles en voz alta. 19(157), 16. Recuperado de <https://carmenelenamedina.files.wordpress.com/2012/05/el-sentido-de-leerles-en-voz-alta-patricia-calonje.pdf>

Chavez, J. (2012). Canción para el inmigrante. Te podría contar. [Video en línea] Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=AOialRWIeDI>

de Certeau, M. (2000). La invención de lo cotidiano 1.Artes de hacer. Recuperado de <http://www.minipimer.tv/txt/30sept/De%20Certeau,%20Michel%20La%20Invencion%20de%20Lo%20Cotidiano.%201%20Artes%20de%20Hacer.pdf>

Elizaga, J. C., y Macisco, J. J. (1975). Migraciones internas. Teoría, método y factores sociológicos. Recuperado de <http://repositorio.cepal.org/handle/11362/7611>



Fonnegra, J. (2013). Lectura en voz alta y conversación. El club de lectura aquelarre: de la seducción a la comprensión. (Tesis de pregrado). Universidad de Antioquia, Medellín.

Recuperado de

<http://ayura.udea.edu.co:8080/jspui/simple-search?query=lectura+en+voz+alta>

González, Odilio. (s.f.) Ruta de trenes. El jibarito de laves. LP. Discos Fuentes. [Video en línea] Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=dspKRP1sKGM>

García Márquez, G. (2002). Vivir para contarla. Recuperado de

http://www.educando.edu.do/files/8714/0932/5910/Gabriel_Garcia_Marquez_-_Vivir_para_contarla.pdf

Gómez, D. (2001) Dolor de patria. Lo que esperaban. [CD]. Discos Dago. [Video en línea]

Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=jzXt37oeW98>

Lerner, D. (2003). Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario.

Recuperado

de

<http://formacion.sigeyucatan.gob.mx/formacion/materiales/4/6/d2/p2/2.%20Leer.y.escribir.en.la.escuela%20Lerner.pdf>

La gente de Omar Geles (1995) Historia. 10 años de historia. [CD]. Codiscos. [Video en línea] Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Nbrs5mblhBk>

Mayorga, J. (2008). El chico de la última fila. Recuperado de

<https://docs.google.com/gview?url=http://www.festivaldramaturgiaeuropea.cl/descargas/2007/Elchicodelaultimafila-JuanMayorga.doc&chrome=true> el 19 de mayo de 2014



Ospina, E. (2004). La lectura en voz alta: Vestíbulo para la comprensión lectora. (Tesis de pregrado). Universidad de Antioquia, Medellín. Recuperado de

<http://ayura.udea.edu.co:8080/jspui/simple-search?query=lectura+en+voz+alta>

Petit, M. (2003). ¿Por qué incentivar a los adolescentes para que lean literatura?

Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.enunc.2014.1.a13>

Pennac, D. (2001). Como una novela. Recuperado de

http://edu.jalisco.gob.mx/cepse/sites/estudiaen.jalisco.gob.mx/cepse/files/pennac_daniel_-_como_una_novela.pdf

Prácticas de lectura en el aula, (2014). Ministerio de Educación Nacional. Recuperado de

http://www.colombiaprende.edu.co/html/micrositios/1752/articles-341024_recurso_1.pdf

Prat I Carós, J. (2007). En busca del paraíso: historias de vida y migración. Recuperado de

<http://rdtp.revistas.csic.es/index.php/rdtp/article/view/35/36>

Pérez Abril, M. (2004). Leer, escribir, participar: Un reto para la escuela, una condición de la política. Recuperado de

<http://revistalenguaje.univalle.edu.co/index.php/Lenguaje/article/view/499/512>

Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. Recuperado de

<http://www.raco.cat/index.php/Aloma/article/viewFile/103367/154553&a=bi&pagenumber=1&w=100>



Rendimiento estudiantil se ve afectado por el abuso en el uso de celulares. (2016, 24 de junio). El Colombiano.com Recuperado de

<http://www.elcolombiano.com/colombia/educacion/rendimiento-estudiantil-se-ve-afectado-por-el-abuso-en-el-uso-de-celulares-DH4458173>

Sabater, F. (1993). La heterofobia como enfermedad moral. Recuperado de

http://cdn.lettraslibres.com/sites/default/files/files6/files/pdfs_articulos/Vuelta-Vol17_205_06HtfbFSvt.pdf

Santos Guerra, M. (2003). Dime cómo evalúas y te diré qué tipo de profesional y de persona eres. Recuperado de

http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/enfoques/07/Santos_DimeComoEvaluas.pdf

Vicky, (s.f.). El emigrante. Mi ofrenda. Orbe-colombia. [Video en línea] Disponible en

https://www.youtube.com/watch?v=P8aH3Hs_UVk



ANEXOS

El retrato oval Edgar Allan Poe

El castillo en el cual mi criado se le había ocurrido penetrar a la fuerza en vez de permitirme, malhadadamente herido como estaba, de pasar una noche al ras, era uno de esos edificios mezcla de grandeza y de melancolía que durante tanto tiempo levantaron sus altivas frentes en medio de los Apeninos, tanto en la realidad como en la imaginación de Mistress Redcliffe. Según toda apariencia, el castillo había sido recientemente abandonado, aunque temporariamente. Nos instalamos en una de las habitaciones más pequeñas y menos suntuosamente amuebladas. Estaba situada en una torre aislada del resto del edificio. Su decorado era rico, pero antiguo y sumamente deteriorado. Los muros estaban cubiertos de tapicerías y adornados con numerosos trofeos heráldicos de toda clase, y de ellos pendían un número verdaderamente prodigioso de pinturas modernas, ricas de estilo, encerradas en sendos marcos dorados, de gusto arabesco. Me produjeron profundo interés, y quizá mi incipiente delirio fue la causa, aquellos cuadros colgados no solamente en las paredes principales, sino también en una porción de rincones que la arquitectura caprichosa del castillo hacía inevitable; hice a Pedro cerrar los pesados postigos del salón, pues ya era hora avanzada, encender un gran candelabro de muchos brazos colocado al lado de mi cabecera, y abrir completamente las cortinas de negro terciopelo, guarnecidas de festones, que rodeaban el lecho. Quiso, así para poder, al menos, si no reconciliaba el sueño, distraerme alternativamente entre la contemplación de estas pinturas y la lectura de un pequeño volumen que había encontrado sobre la almohada, en que se criticaban y analizaban.

Imagen 1: Actividad de clase

1) El narrador del cuento está en:

- a) segunda persona
- b) primera persona
- c) tercera persona
- d) primera y tercera persona

2) El espacio donde transcurren los hechos es:

- a) un castillo
- b) una iglesia
- c) una casa
- d) un aposento

3) el tiempo transcurrido en la historia es:

- a) una semana
- b) un día
- c) media noche
- d) una noche

4) El personaje llamado Pedro es:

- a) el pintor
- b) el que cuenta la historia
- c) el hombre herido
- d) el criado

5) quién es el protagonista principal del cuento:

- a) el hombre herido
- b) el pintor
- c) la mujer
- d) Self

6) la clase de narración del cuento es:

- a) objetiva, el narrador cuenta lo que ve.
- b) subjetiva, el narrador participa de los hechos.
- c) subjetiva y objetiva, el narrador primero participa en la historia y luego pasa a narrar lo que ve.
- d) objetiva y subjetiva, el narrador primero cuenta lo que ve y luego participa en la historia

7) en el cuento el pintor decide retratar a la mujer porque:

- a) la amaba por su gran belleza
- b) amaba más el arte que a la mujer
- c) pensaba vender el retrato

d) ella quería verse pintada por su esposo

8) en el cuento la mujer muere porque:

- a) el pintor no se percató que la luz que penetraba por la torre secaba la salud y los encantos de la mujer.

b) no podía dormir por el largo tiempo que pasó sentada esperando que el pintor acabara de retratarla.

c) porque los colores que extendía sobre el lienzo borrabanse de las mejillas de la que tenía sentada a su lado.

d) veía que el pintor experimentaba un vivo y ardiente placer en su tarea.

9) cuando el pintor decidió retratar a la mujer ella se sintió:

- a) alegría
- b) temor
- c) ira
- d) sorpresa

10) en la parte trasera de la hoja escriba el argumento del cuento.



Imagen 2: Actividad de clase



Foto 1 Estudiantes leyendo en el salón



Foto 2 Estudiantes leyendo en voz alta a través de un picnic literario